

**Straparola, Truchado y el debate del campesino y el clérigo (ATU 1562A):
una vindicación del héroe traductor y de la cultura popular¹**

José Manuel Pedrosa
(Universidad de Alcalá)

De la voz a la letra, y del italiano de Straparola al castellano de Truchado

Dos excelentes y muy recientes ediciones, la de Marco Federici y la de Leonardo Coppola, han sacado de un injusto olvido de siglos el *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*, cuya primera parte publicó Francisco Truchado en 1578 en Zaragoza, y cuya segunda parte salió de las prensas, en Baeza, en 1581. No se sabe nada, por desgracia, de la parte tercera que quedó anunciada al final de la segunda.

El libro del baezano Truchado era una traducción, en muchos párrafos bastante libre, de una de las colecciones más relevantes de *novelle* del Renacimiento italiano: *Le piacevoli notti* (1550-1553) del lombardo Giovan Francesco Straparola. Tras las arduas labores de edición, de crítica textual y de contextualización dentro del marco de las relaciones entre la *novella* italiana y el cuento español que realizaron Federici y Coppola –en sus ediciones respectivas y en artículos adicionales–, el *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*, y con él su fuente, *Le piacevoli notti*, reclaman labores sistemáticas de localización de los modelos literarios y de análisis de la poética y la ideología de cada uno de sus relatos.² Un desafío realmente comprometido, por cuanto se trata de colecciones muy nutridas, y porque cada una de sus narraciones es el cabo de un ovillo de palabras desigual y enmarañado, cuyo rastro se pierde en las penumbras de un folclore inmemorial, viajero, híbrido.

Los registros a los que se acogen las *novelle* o cuentos de Straparola / Truchado fluctúan, por lo demás, entre un erotismo velado con metáforas muy estilizadas y una comicidad que no desaprovecha ninguna ocasión de adentrarse –so la capa, igualmente, de la metáfora– en los terrenos de la sátira contraria a los poderosos y, muy singularmente, a los eclesiásticos. La acumulación de veladuras y el recurso continuo al doble sentido propiciaron que pudiera esquivar la vigilancia de la censura de entonces, pero a cambio de complicar la crítica de ahora; confirmaron además tales recursos a las dos obras, pese (o gracias) al excelente manejo de las letras que demostraron tener sus respectivos re-escritores y refundidores, Straparola y Truchado, como muestras legítimas de un tipo de escritura cuya fuente esencial y última es el cuento folclórico oral; y las situaron, con ello, en el marco de una literatura popular

¹ Agradezco su consejo a José Luis Garrosa, José Luis Agúndez, Anselmo Sánchez Ferra, Óscar Abenójar y Marco Federici.

² Truchado, *Honesto y agradable entretenimiento*, 2014; Straparola, *Honesto y agradable entretenimiento*, 2016. Empieza a haber una bibliografía incipiente –a cargo de estudiosos como David González Ramírez y otros– en torno al libro de Truchado –en particular a su relación con el modelo de Straparola y con la *novella* italiana, y a sus vicisitudes editoriales– que no traemos aquí a colación, por economía de espacio y porque no afecta de manera directa al cuento que va a ser analizado en este artículo.

que, aun pasada por el tamiz de la escritura, no perdió su proclividad a lo heterodoxo, lo carnavalesco, lo rebelde a normas e ideologías impuestas a la gente común desde la tribuna de las élites.

Sus vínculos y recursos compartidos con la *novella* italiana de cuño boccacciano³ y con la desenvuelta *nouvelle* francesa son solo una parcela específica de la personalidad poliédrica de la compilación de Straparola / Truchado: los estudiosos de géneros en español como la comedia celestinesca, la novela picaresca, la farsa, la comedia y el entremés, el mismísimo *Quijote*, encontrarán en sus páginas vetas comunes y estímulos para la reflexión que reclaman, sin duda, exploración.

Por motivos que tienen más que ver con discriminaciones dictadas por quienes ejercían el control del gusto literario y de los circuitos de la edición que por méritos propios, al *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes* de Francisco Truchado le corresponde el honor de ser, de rebote, la más importante y articulada colección de cuentos extensos y de raíz en última instancia folclórica, bastantes de ellos maravillosos, que nos ha legado el Siglo de Oro español.

Es bien sabido que en la España de los inicios de la Edad Moderna hubo una cierta eclosión de compilaciones de cuentos, apólogos y chistes breves –firmadas por autores como Timoneda, Santa Cruz o Arguijo, entre otros–, en general sentenciosos, agudos y cómicos, y también un relativo afloramiento de cuentos –breves o extensos– de tema variado que fueron aludidos, citados o reelaborados –casi nunca transcritos en su integridad ni con afán de fidelidad a las fuentes orales–, de manera incidental y aleatoria, en prosas, versos y piezas dramáticas. Por desgracia, no tantos cuentos tradicionales maravillosos y no muchos cuentos de enredos galantes o eróticos, o de sátira anticlerical, y en formato extenso y con no demasiados recortes y manipulaciones, fueron puestos por escrito en aquellos siglos.

Es por eso que la colección de Straparola / Truchado, aunque esté pasada por un doble filtro de elaboración letrada –en italiano primero y en castellano después–, y aunque derive mucho más de la narrativa oral y popular italiana que de la española, destaca en el panorama ibérico de la época como la que más y con menos prejuicios y distorsiones bebió de un folclore que en aquellos siglos fue marginado por autores, editores y guardianes del gusto. Mérito que hace tanto menos comprensible la desatención y el escaso aprecio que durante siglos han mostrado editores, críticos y lectores con respecto a la obra de Truchado. La cual es, dicho sea de paso y para seguir subrayando lo injusto de ese olvido, una colección más extensa, de registros más variados y de tonos más desenvueltos que la serie de *novelle* en español que gozó de más prestigio en la época y después: el *Patrañuelo* (1567) de Timoneda, mucho más concisa y sujeta a temas y estilos más coherentes, pero también más monocordes. Descartamos de este contraste, claro, a las *Novelas ejemplares* de Cervantes, de elaboración y velos literarios tan sofisticados que apenas dejan lugar a la comparación.

Uno de los cuentos más interesantes de la colección de Truchado es la Fábula tercera de la Noche XI, que se corresponde con la *novella* IX:4 del libro de Straparola. Es relato que no está en el registro del cuento maravilloso que prolifera insólitamente en ambas series, sino en el del cuento protagonizado por un hombre inteligente y astuto que acaba burlándose de quien había querido burlarle a él.

³ Esa es una cuestión que analizó Federici (2014).

Hacer el intento de etiquetar a su protagonista positivo, el joven y estudioso campesino Juan Galandín, es meterse en dudas y ambigüedades: ¿será más justo encasillar a ese recto, aplicado y paciente muchacho en la categoría héroe –en la de héroe traductor, o en la de héroe dominador del *logos*, que es una categoría de la que daremos enseguida más señas– que en la categoría del *trickster*, es decir, del tramposo o burlador, puesto que no formaba parte de su carácter el urdir engaños ni venganzas en contra de nadie? Confirmaremos enseguida que fueron las provocaciones del arrogante e insidioso clérigo Pirro Testa las que convirtieron al ingenuo campesino Galandín, de manera muy puntual, en *trickster* astutamente diestro tanto en la palabra de réplica como de las acciones de resistencia y escarmiento de su agresor. Esa es la razón de que, aunque mi opinión pueda ser discutida, creo que Galandín está más cercano a la categoría de héroe que a la de *trickster*.

Lo relativo y ambiguo de su encasillamiento no es, en cualquier caso, un hecho inhabitual en el territorio de los cuentos, ni una circunstancia que nos deba particularmente preocupar: es raro que el héroe –quien suele destacar, en sus relatos, más por su valor y fuerza física y por su palabra recta, sin dobles sentidos– no asuma en algún momento de su itinerario narrativo las funciones del *trickster* experto en la palabra ingeniosa y ambigua y en la acción astuta y embaucadora. Y viceversa. Más aún: no son pocas las ficciones folclóricas –y las letradas y cinematográficas que beben en algún grado del folclore– en que el héroe se identifica a ratos con el *trickster* y en que el *trickster* es propenso a vestirse cuando conviene el traje de héroe.

“The Clever Man” es la muy diplomática etiqueta –pues engloba cuentos con protagonistas heroicos y cuentos con protagonistas mañosos o tramposos, cuyos contornos a veces son los mismos– que acoge los tipos cuentísticos que tienen los números ATU 1525-1639 del catálogo de cuentos de Aarne-Thompson-Uther, al que más adelante volveremos. Ahí es donde queda integrado el cuento de Straparola / Truchado, que concuerda con el tipo ATU 1562A. El caso es que hay muchos más cuentos, dispersos por otras secciones –por la de cuentos maravillosos, novelescos, de ogro tonto, etc.– del catálogo que están protagonizados por otros “clever men” cuyos rasgos siguen fluctuando entre los del héroe al que podríamos definir como traductor o controlador del *logos* y el *trickster*, quien es siempre, por su posición y función intersticiales, un eficaz traductor y manipulador de palabras y un mediador entre espacios y mundos.

Un excursus muy rápido, y que no conviene aplazar más: entiendo por héroe buen traductor o por *trickster* buen traductor al sujeto épico que sabe transmitir y dar leyes (como Moisés), resolver adivinanzas (como Edipo ante la esfinge), seguir indicios inscritos en el entorno físico (como el *cowboy* heroico del *western*), descifrar intrincados mapas del tesoro (como Jim Hawkins en *Treasure Island* de Robert Louis Stevenson), resolver crímenes a partir de pistas desordenadas y enigmáticas (como hacen Sherlock Holmes o los detectives de la novela y el cine policíacos) o entender el lenguaje de los animales:

Harry Potter es, también, un héroe traductor, un héroe mediador entre mundos y seres, un cualificado intérprete de pársel, el criptolenguaje de las serpientes... Pariente, pues, del Salomón de las leyendas hebreas y musulmanas, y del Sigfrido germano, que hablaban el lenguaje de los pájaros, del Mowli de *The Jungle Book* de Kipling, que conocía el lenguaje de los lobos, de los osos, de las panteras, y que luego aprendió el de los

humanos, o del Tarzán que sabía hacerse comprender en el lenguaje de las fieras de la selva... (Pedrosa 2008, 63)

Por héroe (y también por *trickster*) mal traductor entiendo, en cambio, al personaje trágico que no es capaz de entender, o que no es capaz de entender sino a destiempo, oráculos y presagios. En esa categoría estarían el Edipo que no supo interpretar cuando debía las profecías que pesaban sobre su destino, o el don Fadrique protagonista del romance de *La muerte del maestro de Santiago* y el don Alonso de *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega, quienes desoyeron avisos y agüeros que prevenían de peligros y celadas mortales.⁴

En niveles diferentes, malos traductores son también el ogro forzado pero obtuso, o el tonto del que todo el mundo se ríe. Porque hay ocasiones en que lo trágico no queda tan lejos de la comedia.

Sobre la capacidad oratoria y traductora –administradora del *logos* o *lógica*– como clave que define la posición de cada sujeto en el mundo social, cultural y literario espero poder insistir en otros trabajos.

Resulta muy notable –y con esto pasamos a intentar subrayar otra de sus dimensiones esenciales–, el modo en que el cuento XI:3 de Truchado, siguiendo el dictado de la fábula IX:4 de Straparola, reelabora un tópico literario y cultural de raíces viejísimas: el que ha sido a veces etiquetado como debate –en el plano de la palabra más que de la acción– del campesino o aldeano frente al poderoso (clérigo, cortesano, mercader, posadero, militar, terrateniente, juez, noble, rey). Una controversia largamente acuñada, polifacética y abierta a combinatorias muy dúctiles, que suele tener alguna relación –por solapamiento parcial o por contigüidad– con el muy tópico debate de las armas y las letras, en cuyo tablero suelen estar representados la soldadesca enfrentada a la caballería, o la soldadesca enfrentada a la clerecía o el gremio erudito o profesoral, en ocasiones estudiantil.

Admira, dentro de ese marco, la manera poco convencional y al mismo tiempo cáustica en que el cuento de Straparola / Truchado pone en escena el enfrentamiento entre dos sujetos pertenecientes a estamentos diferentes y enfrentados –el binomio agricultor/clérigo es también el binomio pobre/rico y débil/poderoso– y la convicción con que otorga el triunfo al contendiente que parte de la situación más desventajosa, cuando se revela capaz de manejar de manera más diestra que su oponente el *logos*, el lenguaje, el instrumental dialéctico –sustanciado en el manejo del latín, en este cuento en concreto– que estaba tradicionalmente confiscado por una casta clerical formada, en buena medida, por tiranuelos corruptos, presuntuosos e ignorantes.

“Un cura de una villa que presumía ser muy sabio y era el mayor necio que naturaleza crio” es, en palabras nada diplomáticas de Truchado, el protagonista en negativo de un cuento que se complace en denigrar y derrocar al poderoso y en elevar a la categoría de héroe al campesino e hijo de campesino que, gracias a su aplicación al estudio, acaba humillando al humillador y ocupando, en el cuento, el papel de “clever men” que su oponente creía que era propiedad suya vitalicia. No es posible pasar por alto, a la vista de esta fábula de apariencia –solo de apariencia– inocua y risible, las avanzadas connotaciones ideológicas, sociales, hasta políticas que encierra.

⁴ Véase, sobre el heroísmo trágico que no sabe interpretar oráculos y avisos, los muchos casos analizados en Piñero Ramírez y Pedrosa (2017).

Convendrá señalar aquí que hay otro cuento –al que volveremos en alguna ocasión futura– en la colección de Straparola / Truchado, el X:5, el titulado *Florentines y bergamascos traen sus letrados a una justa literal, y los de Bérgamo graciosamente y con astucia vencen a los florentines*, que escenifica otra controversia entre agricultores de provincia (los de Bérgamo) y señoritos de la gran ciudad (los de Florencia). Vencen, una vez más, los de Bérgamo, gracias a la astucia de que no dejan de hablar en latín –en un latín muy correcto y elegante, además– cuando se ven ante sus oponentes. Héroe traductores y victoriosos, de nuevo.

Antes de pasar a la lectura del relato de Truchado, que propiciará un análisis más detallado y argumentado, hay que advertir que lo que conoceremos a continuación es en realidad una unidad de discurso en que se hallan engastados o aglutinados –y ese es un fenómeno que no es extraño a los usos del folclore, como comprobaremos– dos cuentos de naturaleza y difusión que eran, en su origen, autónomos: el del cura necio y mal traductor que se pone a sí mismo en ridículo cuando se demuestra que no sabe interpretar unos latines dictados por su obispo; y el del cura que recibe un escarmiento ejemplar después de que intente burlarse del diestro uso del latín que ante él hace un estudiante –un excelente traductor, él sí– por el que siente desdén a causa de sus orígenes campesinos y de su oficio de labrador:

Pirro Testa, siendo necio, presume saber mucho y hace burla de un hijo de un labrador, el cual con una graciosa venganza le quema la cama y trastos de la casa y a él casi le priva de la vida

Si quisiésemos, discreto colegio, con diligencia prudentemente buscar y saber cuán grande sea el número de los simples ignorantes, facilísimamente hallaremos ser innumerable la cantidad de ellos. Y si adelante queremos pasar, hallaremos infinitos defectos que de la ignorancia proceden, como la experiencia, madre de todas las cosas, nos lo mostrará. Y lo que más de doler es la soberbia que entre otros vicios tienen los tales ignorantes necios, que siempre presumen saber lo que no entienden y hacen apariencia de lo que no saben, como sucedió a un cura de una villa que presumía ser muy sabio y era el mayor necio que naturaleza crio, el cual, engañado de su falsa ciencia, queda burlado y casi muerto, como de mi novela graciosa entenderéis.

En la jurisdicción de Brescia, riquísima, noble y populosa ciudad, hubo, no ha muchos años, un clérigo cuyo nombre era Pirro Testa, cura de una iglesia de Bendícolo, no muy lejos de la ciudad. El cual hacía de él docto en todas facultades con los villanos rústicos de su pueblo y era tan reverenciado de todos por lo que mostraba saber que casi lo adoraban.

Un día sucedió hacerse una solemne procesión en Brescia, día de San Marcos, por la devoción de las mieses y una conmemoración de San Macario, natural de aquella tierra, que en aquel mismo día de San Marcos se celebraba la festividad. Y el obispo de Brescia expresamente mandó a todos los clérigos del distrito, so pena de excomunión y de tres ducados, todos viniesen a la procesión con capas de coro. En aquella provincia de Italia es costumbre que todos los mandamientos, escrituras y los demás autos públicos se despachen en lengua latina, y así decía la cláusula del mandamiento episcopal: *veniant omnes cum capis et cotis*. Al notario del obispo cúpule en suerte ir a notificar este mandamiento a la villa de Bendícolo, y el primero con quien encontró fue con el padre Pirro Testa, al cual notificó el dicho mandamiento y en lengua vulgar le dijo:

–Señor Prior, mire que no deje de ir mañana donde su señoría manda *cum capis et cotis*, no le lleven la pena contenida en el mandamiento.

Pirro Testa quedó confuso, pensando qué quería decir el Obispo cuando dijo *veniant omnes cum capis et cotis*. El pobre clérigo ignoraba esta sentencia, porque en el año de su pontificado, que era aquel, no se le había mandado otro tanto. Y discurriendo por un sentido y otro y por varias imaginaciones, procurando dar sentido a *capis et cotis*, el cual, después de haber bien imaginado dijo:

–Yo no puedo entender otra cosa de estas palabras del Obispo sino que manda que todos los priores, curas y beneficiados vengan a esta fiesta con capones cocidos.

Y afirmándose en su vana ciencia, sin tomar consejo de nadie tomó dos pares de capones los mejores que tenía y mandó a su criada que luego los cociese y rellenase muy bien.

Venida la mañana Pirro Testa subió en una mula que tenía y entre dos platos muy bien en orden llevó los capones cocidos a Brescia y no paró hasta parecer ante el Obispo, al cual presentó los capones y dijo cómo por mandado de su señoría reverendísima le había sido notificado un mandamiento por Vitelo notario que luego pareciese ante su señoría a honrar la fiesta de San Macario *cum capis et cotis*, y por cumplir su mandamiento y ser obediente había venido y traído aquellos dos capones cocidos.

El obispo, que no era nada necio, cuando vido los capones gordos y lindos y bien adrezados, consideró asimismo la ignorancia del clérigo, juntó los labios disimulando lo mejor que pudo la risa que con razón el padre Testa le había causado, y con alegre semblante los recibió, dándole gracias por el regalo y cuidado que había tenido.

El necio Pirro Testa se despidió no poco contento del favor que el Obispo le había hecho en responderle tan bien y fuese a su posada con pérdida de sus capones y menoscabo de su honor y burla de su inocencia.

Después de pocos días sucedió en Bendicolo un caso gracioso y fue que en aquel pueblo había un labrador rústico e imprudente llamado Galandín, el cual, aunque no sabía leer ni escribir, era en extremo aficionado a hombres letrados de tal manera que les servía como un esclavo. Este Galandín tenía un hijo de buena gracia, bien hablado y entremetido en negocios de la villa de tal manera que en su proceder parecía ser apto para estudio y ciencia de cualesquier Letras, cuyo nombre era Juan Galandín.

Su padre, con ánimo que su hijo fuera letrado, le envió a estudiar a las escuelas de Bolonia, proveyéndole abundantemente de todo lo necesario para su estudio.

Pasado cierto tiempo Juan Galandín se fundó con su buen estudio y los preceptos de la gramática hasta saber componer una oración. Y llegaron los días de vacaciones en los cuales por las demasiadas calores los estudiantes suelen cesar en sus estudios y los forasteros se van a holgar a sus patrias. En este tiempo Galandín vino a holgarse con sus padres. El padre de este mozo, codicioso del honor de su hijo, quiso saber si había aprovechado en las Letras como algunas personas le habían dicho, y envió a llamar al Padre Prior, al cual dio cuenta de la venida de su hijo y convidó para aquel día se quedase a comer con él para celebrar la fiesta de la venida del hijo estudiante.

Y asimismo convidó todos los parientes y amigos de su casa, y al padre Pirro Testa rogó que, acabada la comida, en buena conversación delante de todos examinase a su hijo Juan y le preguntase algunas cosas tocantes a su ciencia para ver si era bien empleado el tiempo de su estudio.

Llegada la hora del convite, todos los parientes y amigos y a vueltas de ellos el Padre Prior, como estaba concertado se juntaron en la casa de Galandín, y sentados de conformidad a la mesa, Pirro Testa echó la bendición episcopal y alegremente dieron fin a su banquete. Alzadas las mesas Galandín el viejo se levantó en pie y dijo:

–Señor Padre y Prior nuestro, yo quiero, si sois contento, saber lo que mi hijo ha aprovechado en esta temporada en los estudios de Bolonia. Suplícoos lo examinéis en presencia de todos, para que veamos si es hombre que pueda meter la barba en el cáliz

y si ha de ser cabeza de su generación, y si no, vaya de nuevo a destripar terrones, saque charcos de su lugar y no dineros de mi bolsa sin provecho.

Pirro respondió:

–Señor Galandín, esto que me mandáis es poco para lo que deseo serviros. Bien mostráis el amor que como padre estáis obligado a tener. La cuenta parece bien tenerla los padres con los hijos. Yo soy contento de hacer esa diligencia con vuestro hijo.

Y volviendo el rostro con gravedad hacia el mozo dijo:

–Hijo mío, Juan Galandín el mozo, vuestro padre me ha pedido que os examine y pruebe vuestra habilidad y juicio para ver el provecho que habéis hecho en Bolonia, de donde conoceremos si seréis bueno para letrado como vuestros padres desean, y tené por cosa cierta, si veo en vos habilidad, que le haré a vuestro padre instituya luego una capellanía en mi iglesia con la cual os ordenéis. Luego, siendo Dios servido, saltaréis en cura, luego en prior, como yo he hecho, y aún primero fui yo sacristán. Estad atento, hijo mío, a lo que os fuere preguntado: ¿Cómo se dice en lengua latina el clérigo?

Juan Galandín respondió presto y con facilidad:

–Llámase *presbiter*.

Pirro hizo del grave y casi haciendo burla dijo:

–Hijo mío, no decís nada.

Juan Galandín, confiado en que decía bien, daba voces probando de dónde y por qué se decía *presbiter* el clérigo.

Pirro Testa respondió:

–Oíme, hijo mío y vosotros señores, y veréis cómo no dice nada. Cuando se os ofrece una necesidad para el ánima en una enfermedad, como es confesar o comulgar, y vais corriendo a llamar al clérigo, cuando llamáis a la puerta lo primero que decís en respondiéndoois ¿no es: *préstole préstole*, señor, levantaos de la cama para dar a Fulano el santísimo sacramento?

–Es verdad –respondió el estudiante.

Y los lanudos villanos también dijeron ser verdad.

–Pues veis ahí –dijo Pirro Testa– como no tenemos por el clérigo *presbiter*, sino *préstole* en lengua latina, porque *presto* viene a favorecer el enfermo. Yo quiero por esta vez, señor Juan, perdonaros el quinao⁵ si me decís cómo se llama en latín la cama.

Juan Galandín respondió con facilidad:

–Llámase *gravatum* o *torum*.

El padre cura mofando dijo:

–No sabéis lo que decís. Si vuestro preceptor os ha mostrado eso es fabuloso y no sabe lo que dice.

Y volviendo hacia el padre del mozo dijo:

–Galandín, hermano, cuando vos venís cansado de arar y habéis cenado y queréis descansar, ¿no decís: vamos a reposar?

–Decís bien –respondió Galandín el viejo.

–Pues de ahí se dice –dijo el clérigo– *reposorium* la cama, y no *torum* o *gravatum*. Esos son garabatos que no camas.

Y de esta manera confirmaron ser verdad lo que el cura decía. Juan Galandín, aunque bien sabía que decía verdad, no osaba contradecir al cura por no revolver el hato.

Pasando sus lances dijo el cura:

–¿Cómo se llama en latín la mesa?

Juan respondió:

–*Mensa mensae*.

⁵ Quinao: “victoria literaria en que uno ha sido vencido y concluido de otro” (*Diccionario de Autoridades*).

–¡Válasme Dios –dijo suspirando el cura–, cómo habéis gastado mal vuestro tiempo y hacienda pues no sabéis ni aún un vocablo latino! ¿Qué me hará las reglas de la gramática o componer una oración? Es posible que no os han dicho que la mesa en latín se dice *gaudium* y no *mensa*, porque cuando el hombre se sienta a comer, cosa llana es que está en gozo y contento.

A todos los villanos pareció que traía razón el cura en todo y de allí adelante lo reverenciaban por el más sabio de Brescia y su distrito. El pobre Juan Galandín quedó el más afrentado y corrido del mundo por no poder vengar su pasión con el cura, y lo mejor que podía pasaba su fatiga con harta vergüenza, los ojos en el suelo, el rostro encendido. De lo cual no pequeña arrogancia recibía el padre cura, pavoneándose de un cabo a otro de la cámara. Y otra vez en alta voz le dijo:

–¿Cómo se llama en latín la gata?

Juan respondió:

–*Llámase felis.*

Pirro Testa dijo:

–¡Oh, necio y mil veces necio, no se dice sino *saltagafa*, porque saltando gafa lo que coge!

Estaban los rústicos admirados cómo en ninguna cosa acertaba el pobre mancebo de lo que el sabio Pirro Testa le preguntaba y entre ellos decían unos:

–Mejor guardaría puercos.

Otros:

–Mejor guardaría gansos o bueyes.

Otros:

–Vaya el brutal a estudiar con las ovejas y no con los letrados como nuestro cura.

De allí a un rato dijo otra vez el clérigo:

–¿Cómo se llama el fuego, señor Juan Galandín el mozo?

El cuitado estudiante respondió:

–*Ignis* tenemos por el fuego.

–No tenéis razón –dijo el cura–, sino *carniscocum*, porque al fuego cocéis la carne que traéis para comer. Mas con todo eso, decíme: ¿qué tenemos en latín por el agua?

Galandín respondió:

–Tenemos *limpha*, *aqua*, *unda* y otros muchos sinónimos.

–¡Pobre de vos, hijo Juan! –dijo el cura–. ¿Dónde hallastes vos por el agua *limpha*, *limphae*? Por bestia fuiste a Bolonia y bestia venistes.

Y mirando hacia los parientes dijo:

–Sabé, señores míos, que la experiencia es madre de todas las cosas y que el agua no se dice en latín sino *abundancia*, porque hay abundancia, bendito sea Dios, por todo el mundo.

El pobre Juan estaba perdido de oír tales vocablos y aun creía ya ser verdad lo que el cura decía. Y así él mismo juzgaba y daba por mal empleado el tiempo gastado en lo que sabía, porque le parecía a respeto del latín del cura que era falso lo que sabía.

Viendo el cura a su amigo Juan mal contento díjole:

–No quiero saber de vos, hermano, otra cosa, y con esto daremos fin a nuestra justa literal: ¿qué tenemos por las riquezas en lengua latina?

Juan Galandín respondió:

–*Divitiae*, *divitiarum*.

–Engañaisos, hijo –dijo Testa–, que no tenemos sino *substancia*, porque las riquezas son substancia del hombre.

Acabadas las preguntas, Pirro Testa llamó aparte y en secreto a Galandín el viejo y díjole:

–Compadre mío, bien habéis visto el poco fruto que saca vuestro hijo de las letras. Toma mi consejo y no le enviéis más a Bolonia, que es perder el tiempo y el dinero, y si de otra manera no hacéis, vos os arrepentiréis.

Galandín, confiado en las engañosas palabras del cura, hizo desnudar al hijo las ciudadanas ropas y diole un capote de sayal y ropas de labrador y envióle a guardar el ganado que tenía. Fue tan grande dolor que el pobre mozo recibió en verse afrentado que determinó vengarse del cura bien y a su gusto. Y la ventura de su parte le favoreció tan bien que todo se hizo mejor que deseaba.

Y un día, apacentando el ganado por delante la casa del cura, vido una gata gorda y linda muy querida del padre cura que la estaba regalando y acariciando. Juan Galandín aguardó un rato hasta que la gata salió y con pan mascado la fue cebando hasta que la cogió, y dejola en un costalejo metida hasta que trujo de su casa un buen copo de estopa y lumbre, y lió muy bien alrededor a la gata toda la estopa, y por la cola le dejó un largo copo y pególe fuego.

La gata, como se abrasaba, fuese corriendo a favorecerse de su amo dando los maullidos como demonio y no paró hasta entrarse debajo de la cama del cura, donde estaba acostado durmiendo. En aquel aposento había gran cantidad de lino y debajo la cama mucha estopa. Apenas hubo llegado la gata ardiendo, cuando empezó a pegar fuego a la demás estopa, porque para favorecerse se revolcaba en las canastas del lino y así ardía que era contento para Juan.

Cuando Juan Galandín vido que todo ardía y humeaba, dijo en voz alta:

–Prestule, prestule, surge de reposorio et vide ne cadas in gaudio, quia venit salta gafa et portad carniscocum, et nisi succurris domo cum abundancia, non restabit tibi substantia.

Pirro Testa, que aún dormía la siesta y no había recordado, medio durmiendo y entre sueños oyó las voces de Juan Galandín su amigo y púsose en alerta para oír bien lo que decía, pero no lo entendía porque no se acordaba de los mentirosos y falsos vocablos que había compuesto en la disputa.

Ya la pujanza del fuego andaba en aumento y obraba su virtud en lo que estaba por quemar, porque ya daba tras la cama del padre cura, cuando se levantó medio soñoliento y vido que por todas partes andaba el fuego. Fue corriendo a dar remedio y apagar lo que pudiese, aunque era por demás, que todo ardía con furia extraña a sabor del viento que a la sazón se había levantado.

De tal manera andaba la cosa que el padre Pirro Testa se vido en gran trabajo en medio del fuego, mas lo mejor que pudo se arrojó por lo más flaco de la lumbre y saltó en la calle, pidiendo a grandes gritos favor a los vecinos, los cuales llegaron tan tarde que ya estaba hecho lo que Juan Galandín deseaba y más, porque no le quedó al pobre clérigo una escoba para barrer la ceniza de los bienes que se le habían quemado.

De esta manera Juan Galandín vengó su injuria y, dejando el ganado, se fue de nuevo a estudiar a Bolonia, donde ingeniosamente fue con brevedad letrado y en tanto grado aprovechó que vino a ser cónsul de Brescia, porque estudió el Derecho Civil y Canónico.

Ya había dado fin a su larga y ridícula novela Antonio Tuburchela cuando, por ser grande la risa de los caballeros y damas, su ingenioso ques cosa y cosa propuso:

QUES COSA Y COSA

¿Cuál es el padre tan fuerte y hambriento
que siempre comiendo jamás no se harta
y engendra dos hijos con su nutrimento,
y el uno del otro y del padre se aparta?

El uno, que es hija y formal elemento,
se arroja en el suelo y jamás se levanta;
el otro, que es hijo, jamás tiene asiento,
vase y no vuelve, y a muchos espanta.

Aunque gran rato estuvieron los juicios de los caballeros y damas imaginando o, por mejor decir, dudando la verdadera sentencia de la ingeniosa figura...⁶

Importa decir que los conceptos cifrados en esta adivinanza conclusiva se revelarán enseguida que son el fuego, la ceniza y el humo: una solución que queda en sintonía sutil con el incendio que consume la casa del cura tramposo y pone un colofón coherente a la venganza del ingenioso Juan Galandín contra el necio Pirro Testa; y, de paso, al cuento de Truchado.

Bien supieron ver tanto Marco Federici como Leonardo Coppola, los dos editores modernos que ha tenido hasta ahora el libro de Straparola / Truchado, que el primer segmento, o si se prefiere el primer cuento de lo que en ese caso conformaría un par aglutinado, o una estructura contaminada, hace escarnio de la errónea interpretación que el clérigo Pirro Testa, cuyo don de lenguas era peor que nulo, hizo del latino *capis et cotis*, “capa de coro”, que él neciamente interpretó como “capones cocidos”.⁷ Coppola añadió que ese primer cuento –que no será objeto, en esta ocasión, de nuestro análisis– es una versión de un relato que debía tener vida tradicional autónoma, puesto que se conoce por lo menos una versión más inserta en otra fuente: la facecia XXII, *De un clérigo que en lugar de los instrumentos sacerdotales llevó capones al obispo*, de Poggio Bracciolini.⁸

ATU 1562A: “The Barn is Burning!” (“El granero se quema”)

No sabemos de ningún crítico que haya profundizado más ni indagado en la filiación del segundo cuento, o del segmento final de la Fábula XI:3 de Truchado.

A esa tarea dedicaremos las páginas que siguen, dado que tal relato es un avatar del tipo de cuento folclórico que lleva el número 1562A en el catálogo universal de Aarne-Thompson-Uther: “The Barn is Burning!”, “El granero se quema”, que algunas fuentes prefieren titular *The Master who Gave Strange Names to Things in his House: El amo que dio nombres extraños a las cosas de su casa*). He aquí el resumen que se le asocia en tal catálogo. La traducción –en este caso y en los de los demás resúmenes– es mía:

“El granero se quema”

⁶ Reproduzco Straparola (2016, 450-455). El mismo cuento está editado en Truchado (2014, 658-667).

⁷ Federici, en la nota 13, 659-660, de su edición, explica lo que sigue: “L’equivoco nasce da una libera interpretazione di *cappis*, inteso come *capus*, -i: ‘cappone’. Il lessema *cotis*, che non può intendere la cotta, è confuso con *coctis*, legato alla semantica del cucinare. Il termine graficamente corretto per comprenderé l’equivoco è *cottis* (la cotta), ovvero la tunica di lino bianca usata dai sacerdoti sopra l’abito talare. Pensando a una trasmissione orale in italiano, come nel racconto, il termine *cotis* potrebbe erroneamente confondersi con ‘cotti’, da cui si capirebbe la resa in spagnolo *cozidos: capis & cotis* avrebbe quindi generato ‘capponi cotti’, da cui deriva ‘capones cozidos’”.

⁸ Véase la nota 180, 451, de su edición.

Un amo ha enseñado a su peón (un viajero) a utilizar nombres peculiares para todo, por ejemplo, Pureza para el gato, Belleza para el fuego, Altura para el tejado (y castiga al peón cuando no los llama así).

El peón planea vengarse y ata en la cola del gato un fardo de paja ardiendo. Cuando el gato en llamas incendia el tejado del granero, el peón emplea esas palabras especiales para decírselo a su amo. El fuego arde sin control antes de que el amo pueda comprender el complicado mensaje.⁹

El cuento ATU 1562A ha sido documentado, según el catálogo de Uther, desde finales del siglo XV hasta hoy. Y en tradiciones y lenguas tan dispersas como las de Finlandia, Letonia, Dinamarca, Escocia, Irlanda, Gales, Inglaterra, Francia, España, Cataluña, Portugal, Holanda, Frisia, Flandes, Alemania, Suiza, Italia, Cerdeña, Eslovaquia, Rumanía, Grecia, Polonia, Siberia, Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Canadá, Estados Unidos, México, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Chile, Brasil, Argentina y Sudáfrica.

No vendrá mal traer aquí a colación la apabullante bibliografía de versiones – cuyo detalle no reproduzco– y de los sagaces comentarios, que sí que extracto –con precursoras alusiones a Straparola, aunque no a Truchado–, que en el ya muy lejano año de 1946 publicó el folclorista norteamericano Aurelio M. Espinosa, a propósito de algunas variantes de este cuento que en los inicios de la década de 1920 había anotado él (una variante adicional, de 1913, le había sido proporcionada por Eduardo Martínez Torner) en pueblos diversos de la geografía castellana:

Estos tres cuentos son excelentes versiones modernas de un cuento conocido en Europa desde fines del siglo XV y principios del siglo XVI en las famosas versiones alemana de Jacob Knebel del año 1479, italiana de Straparola y francesa de Des Periers, arriba citadas. La versión alemana, la más antigua de las tres, es la siguiente:

Un labrador le enseña a su nuevo criado nombres extraordinarios para él, su mujer, su gato y para diversas cosas de la casa. Durante la noche el gato se enciende accidentalmente la cola al pasar por la lumbre, sale huyendo y prende fuego a toda la casa. El criado sale gritando para anunciar lo que ocurre, empleando las extraordinarias palabras que acaba de aprender de su amo. El labrador apenas entiende lo que oye.

En las versiones de Straparola y de Des Periers el cuento es muy semejante:

⁹ Traduzco de Uther (2004) núm. 1562A. Apenas existen estudios monográficos acerca de este tipo cuentístico: tan solo conozco el ya viejo artículo de Jackson y Wilson (1936), que era conocido y citado en el estudio de Aurelio M. Espinosa (padre) del que daré enseguida más noticias. El cuento está indexado, en cualquier caso, en otros catálogos. Así, en el clásico de Rotunda (1942) núm. J1741.6.*: “Clerics ordered to wear certain regalia for function. Told to come *cum cappis et cottis*. Confusion with Italian makes ignorant priest appear with a roasted capon. Straparola, IX, No. 4”. Para que el lector pueda hacerse una idea mejor aunque aproximada, sin que sea preciso hinchar demasiado nuestros aparatos críticos y nuestra bibliografía final, me limito a reproducir aquí las referencias catalográficas que ya en 1963 ofrecía Pino Saavedra (1960-1963, III, núm. 207, 373). Añado algunas informaciones que el propio Pino Saavedra dio sobre la tradición italiana del cuento, que ahora nos interesa de manera singular: “Aarne-Thompson 1562 A; Boggs 1940 *A; D’Aronco 1736; Espinosa (II, 260-264); Hansen 1940 *A; Lo Nigro 1699; Thompson J1269.12. Versiones: Italianas: D’Aronco (189-190) analiza dos versiones toscanas. Lo Nigro (277) analiza tres versiones sicilianas, de las cuales dos de Pitri”.

Un cura le enseña a un estudiante (seminarista en la versión de Des Periers) palabras latinizantes para burlarse de él. Durante la noche el estudiante le enciende la cola al gato y el gato le prende fuego a la casa. El estudiante despierta al cura para anunciarle la desgracia y le repite toda la jerigonza que acaba de aprender.

Las versiones modernas de Europa pertenecen a estos dos tipos literarios o llevan elementos de ambos. En un estudio reciente publicado en *FL XLVII*, 190-202, los señores Kenneth Jackson y Edward Wilson tratan de establecer para las versiones populares de Europa dos tipos semejantes a estos dos tipos literarios. Opinan que el tipo de la versión alemana de Knebel es el tipo primitivo y fundamental y que el tipo de Straparola y de Des Periers es un tipo desarrollado de aquel. La verdad es que la diferencia entre estos dos tipos literarios es muy insignificante.

El tipo más antiguo que conocemos puede ser, y hasta es probable que sea, un desarrollo popular de otro tipo más antiguo y semejante al de Straparola y de Des Periers. No hay motivos para creer que el cuento sea de origen alemán. El mayor número de versiones alemanas modernas es debido sencillamente a que en Alemania se han buscado con mayor diligencia. Tampoco es cierto que el tipo de Straparola y Des Periers se halle solo en Italia y Sicilia. Como más adelante veremos, seis versiones españolas pertenecientes a un tipo casi idéntico y otras cuatro son muy semejantes. Para toda Europa, por consiguiente, el estudio definitivo de nuestros cuentos está todavía por hacer.¹⁰

No nos es posible reproducir aquí el grueso de los comentarios –que atienden a la estructura general y ahondan además en los detalles concretos–al enorme corpus de versiones antiguas y modernas, y de geografías y lenguas diversas, que fueron aducidas por Espinosa (padre) en su estudio crítico.

ATU 1562A en las tradiciones orales modernas

Lo que sí podemos es reproducir las tres versiones que el folclorista norteamericano editó, ya que son muy representativas de la tradición en castellano del cuento, y facilitan un conocimiento de primera mano de las fabulosas riqueza e inventiva –lingüística, estilística, ideológica– que destila cada uno de sus avatares:

[57] *El Agnus Dei*.

Llegó un muchacho a servir en una casa, y al llegar le dijo al amo:

–Buenos días, señor amo.

Y el amo le dijo:

–Hombre, no seas tan tonto. Yo no me llamo amo. Yo me llamo *Agnus Dei*.

–Usted perdone, que yo no lo sabía –le dijo el muchacho.

Y salió entonces la mujer del amo y dijo el muchacho:

–Esa será seguramente su mujer.

Y el amo le dijo:

–¡Ay, qué muchacho más tonto! Esa no se llama mujer, hombre; se llama *potestates*.

–Bueno, hombre, bueno –le dijo el muchacho.

¹⁰ Sigo la reedición de Espinosa (2009, 252-254) aparato crítico a los cuentos núms. 57, 58 y 59. La edición original había sido publicada en tres volúmenes en Madrid, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1946-1947).

Pasó a ese momento un gato por la sala y dijo el muchacho si había muchos gatos en la casa. Y el otro un poco enfadado le dijo:

–¡Válgame Dios, qué muchacho más tonto! Si eso no se llama gato. Eso se llama *cazalosrates*.

–Bueno, hombre, bueno –le dijo el muchacho.

Acercándose a la lumbre dijo el muchacho:

–Voy a calentarme a la lumbre, que traigo frío.

–¡Ay, pero qué muchacho más tonto eres! Si eso no se llama lumbre, hombre. Eso se llama *consumencia*.

–Bueno, hombre, bueno. Poco a poquito iré aprendiendo cómo se llaman las cosas. Ahora me dirá usted dónde está la cama donde voy a dormir.

–¡Ay, Dios! ¿Qué haré con este tonto? Eso no se llama cama, hombre. Eso se llama *recreancia*.

–Bueno, hombre, bueno. Usted perdone. Habrá por ai un pedazo de chorizo pa comer poco antes de acostarme, seguramente.

–¡Ay, pero qué muchacho más burro! ¡Qué muchacho más tonto eres, hombre! Si eso no se llama chorizo. Eso se llama *el eterno padre*.

–Bueno, hombre, bueno. Déme usted *eterno padre* o lo que sea. Y si no hay eso déme usted unas morcillas.

–¡Ay, qué muchacho más tonto! ¡Qué morcillas ni qué morcillas, hombre! Si eso no se llama morcillas. Esas se llaman *las once mil vírgenes*.

–Bueno, hombre, bueno. Ya iré aprendiendo los nombres de todas esas cosas.

Y ya cuando se iba a acostar preguntó el muchacho dónde estaba el agua porque quería beber. Y el amo le dijo, muy enfadado:

–¡Ay, qué bobo eres! ¡Si no se llama así, hombre! ¡Ay, pero qué muchacho más tonto! ¡Si no sabes los nombres de las cosas! A eso no se le llama agua. Se le llama *abundancia*, hombre.

Y el muchacho, que ya estaba un poco picao, le dijo:

–Bueno, hombre, bueno. Deje usted, que ya aprenderé poco a poquito.

El muchacho se acostó y se puso a discurrir todo lo que el amo le había dicho, y dijo:

–Se ha querido burlar de mí y ahora yo me voy a burlar de él.

Y a media noche se levantó en silencio, se vistió, cogió unas estopas y se las ató al gato del rabo y les prendió fuego. Entonces llenó un saco de morcillas y se fue con ellas. Y al salir despertó a los amos y les gritó:

–Levántate tú *Agnus Dei*, y también tú, *potestates*, que ai viene el *cazalosrates* cargado de *consumencia*, y si no le echas la *abundancia* quemará la *recreancia*. Ai te quedas con *el eterno padre*, que yo me voy con *las once mil vírgenes* a comérmelas con mi madre.

(Retuerta, Burgos)

[58] *La dóisima próisima*.

Vivía un cura en un pueblo con su ama y mandó decir que quería un criaio. Y llegó un gallego a pretender, y el cura le dijo que estaba bien, que se quedara.

Y cuando entró el gallego en la casa vio al ama y le dijo al cura:

–Veo que tiene usted un ama, señor cura.

Y el cura le dijo:

–Mira, que aquí no se llama ama. Aquí se llama eso *la dóisima próisima*.

Y el gallego le dijo:

–Güeno, Güeno, señor cura, déjeme usted, que yo lo deprenderé.

Y logo le metió en la cocina y le enseñó el agua y le dijo:

–Oye, gallego, ¿cómo se llama esto en tu pueblo?

Y el gallego le contestó:

–En mi pueblo eso se llama agua.

Y el cura le dijo:

–Pues, no, hijo mío. Aquí se llama *abundancia*.

–Güeno, güeno, señor cura. Déjeme usted, que ya lo deprenderé.

Y ya le enseñó el cura la lumbre y le dijo:

–Y esto, ¿cómo se llama en tu pueblo, gallego?

–Eso le decimos en mi pueblo lumbre.

Y el cura le dice:

–Pues, no, hijo mío. Aquí se llama *alegranza*.

–Güeno, güeno, señor cura. Déjeme usted, que ya lo deprenderé.

Y ya lo llevó a la chimenea y le dijo:

–Mira gallego esto. ¿Cómo se llama en tu pueblo?

–Chimenea.

–No, no. Aquí se llama *chiviritaina*.

–Güeno, Güeno, señor cura. Déjeme usted, que ya lo deprenderé.

Y de ai se fueron pa afuera y allí estaba el gato y le dijo el cura al gallego:

–Y este bicho, ¿cómo se llama en tu pueblo?

Y el gallego dijo:

–Ese animal se llama en mi pueblo gato.

–Pues no, que aquí se llama *el señor de cazalorsrates*.

–Güeno, güeno, señor cura. Déjeme usted, que ya lo deprenderé.

Y de ai lo llevó el cura pa dentro otra vez y le enseñó la cama y le dijo:

–Güeno, hombre, y esto, ¿cómo se llama en tu pueblo?

Y el gallego le dijo:

–En mi pueblo eso se llama cama.

Y el cura le dijo:

–Pues no, hijo mío, que aquí se llama eso *el alto de San Sebastián*.

–Güeno, güeno, señor cura. Déjeme usted, que ya lo deprenderé.

Güeno, conque a media noche vio el gallego que el cura se iba pa la cama onde estaba el ama y va y le grita:

–¡Oiga usted, señor cura, bájese usted del *alto de San Sebastián* y deje a la *dóisima próisima*, que *el señor de cazalorsrates* lleva la *alegranza* al rabo. Y acuda usted con la *abundancia* que si no se le quema la *chiviritaina*, que ya yo me voy pa mi casaína.

(Zamora, Zamora)

[59] *La chipiritaina*.

El cura de una aldea y su ama estaban poco contentos con los criados y criadas que cogían porque contaban a sus vecinos lo que hablaban y hacían.

Hubo un estudiante que se hizo el tonto y dijo al cura que era de la tía María, una pobre del pueblo. Coge el chico un freje de leña y se lo va a vender al señor cura.

–Señor cura, ¿me quiere comprar este freje de leña?

–Sí, rapaz, sí. ¿Cuánto quieres por ella?

–Me dijo mi madre que ocho cuartos.

–Vaya, toma un real.

–No, señor, no me engaña, que mi madre me dijo que lo vendiera en ocho cuartos.

Entonces dice el ama al cura:

–Parece tonto. Pregúntele a ver si quiere venir a servir a casa.

El cura le pregunta si quiere venir a servir a su casa y dice él:

–Se lo diré a mi madre.

–Bueno, pues vete y vuelve luego.

Al poco tiempo volvió el rapaz y dijo:

–Aquí estoy, señor cura. Dijo mi madre que sí.

–Bueno, pues ven acá.

–Ay, señor cura, ¡qué casa más bonita tiene usted!

–No se llama casa.

–¿Cómo se llama?

–*Chipiritaina*.

–¡Y, qué *chipiritaina* más bonita tiene usted, señor cura!

–Vamos; ven acá. Te voy a enseñar todo lo que hay y has de tener mucho cuidao que no se te olvide lo que te diga.

–No, señor, no se me olvida. ¡Ay, qué escaleras más hermosas tiene usted, señor cura!

–No se llaman escaleras.

–¿Cómo se llaman?

–Se llaman *estinencias*.

Al subir se encontró con el ama.

–¡Ay, qué ama más guapa tiene usted, señor cura.

–No se llama ama, hombre.

–¿Cómo se llama?

–Se llama *prójima nostra*.

–¡Ay, que *prójima nostra* más guapa tiene usted, señor cura!

Y ya vió las camas y dijo:

–¡Oh, qué camas más hermosas tiene usted, señor cura!

–No se llaman camas, hombre.

–¿Entonces, cómo se llaman?

–*Altos de san Sebastián*.

–¡Oh, qué *altos de san Sebastián* tan bonitos tiene usted, señor cura! Y nosotros que tenemos que dormir en un poco e paja. ¡Oh, cuánto zapato, señor cura! Y yo que ando descalzo, que nos los tengo.

–No se llaman zapatos, muchacho.

–¿Cómo se llaman?

–*Calzavitalis*.

Entonces el cura le dijo al estudiante:

–Bueno, ya viste lo que hay arriba; vamos ahora abajo.

–¡Ay, qué lumbre tan buena tiene usted, señor cura!

–No se llama lumbre, se llama *la grande alegría*.

–¡Ay, qué *grande alegría* tiene usted, señor cura! ¡Y qué gato más guapo tiene usted!

–No se llama gato; se llama *cazalosrates*.

–¡Oh, qué *cazalosrates* tiene usted! Y qué pozo de agua tiene usted, señor cura.

–No se llama agua.

–¿Cómo se llama entonces?

–*La grande abundancia*.

–¡Oh, qué *grande abundancia* tiene usted, señor cura! En mi casa tenemos que ir a muy largo por ella.

–Bueno –le dijo entonces el cura–, ¿se te olvidará alguna cosa?

–No, señor, no se me olvida.

–Pues bien, ahora ahí te quedas con *cazalosrates* y hilas unas estopas que están ahí y cenáis *cazalosrates* y tú, y te acuestas.

–Bueno, señor cura, bueno.

El cura fue a la cama con el ama y entonces el estudiante hiló unas estopas y se las ató al rabo al gato y les prendió fuego y comenzó a dar voces, cantando como los curas en los entierros:

–¡Señor cura, usted que está en *los altos de san Sebastián*, deje *la prójima nostra*, calce *los calzavitatis*, que aquel que *cazalosrates* sube y baja por las *estinencias*, lleva *la grande alegría* en el rabo, y si no baja usted a echarle *la grande abundancia* puede ser que nos queme *la chipiritaina!*
(Eduardo Martínez Torner, 1913, Lánacara, León)

Se cuentan por docenas las versiones del cuento ATU 1562A que han sido documentadas en las tradiciones orales de la península Ibérica y de Hispanoamérica, en castellano, catalán, gallego y portugués. En castellano hay hasta una muy original reelaboración literaria, hecha por la escritora Rosa M.^a Lencero (1994), quien se inspiró en versiones orales que escuchó en su Extremadura natal. También han sido detectadas, en tradiciones como la venezolana, la boliviana o la nicaragüense, versiones que no aparecían consignadas en el catálogo de Uther.

Para no repetir bibliografías prolijas y ya conocidas, me limito a desgranar unas cuantas compilaciones y catálogos que –en la estela de Espinosa (padre)– integran en sus aparatos críticos referencias a versiones documentadas en fechas anteriores¹¹:

- Camarena Laucirica 1991, II, núms. 217-219.
- Camarena Laucirica 2012, núm. 347.
- Sánchez Ferra 1998, núms. 148 y 254.
- Sánchez Ferra 2010, núms. 719 y 719a.

¹¹ Con el fin de que el lector pueda hacerse una idea del número y de la dispersión de las variantes documentadas hasta casi hoy, reproduzco en esta nota a pie de página, sin desarrollar las abreviaturas ni hacerme eco de estos títulos en mi propia bibliografía, la ficha que fue publicada por Sánchez Ferra (2014) en una monumental compilación a la que volveremos enseguida: “Referencias: ATU 1562 A. A. Espinosa, 1946: I, núm. 57 a 59. C. Cabal, *Asturianos* 1921: pp. 229-230. A. de Llano, *Asturianos* 1925: núm. 152. L. Cortés Vázquez, *Ribera del Duero* 1955: núm. 1 y 2; *Salmantinos* 1979: núm. 1 a 5. C. A. Bardón, *Cuentos en dialecto leonés*, 1996: p.187; también aquí el autor reproduce únicamente el desenlace: “Llevántate, dominus tecum (Sr. Cura) de lus brazus de colgancia (la cama), que si no acudes pronto con la superabundancia (el agua), se quemara el biranchote (el gato), y los santos van de marcha”. J. Asensio, *Riojanos* 2002: p. 190. J. Rodríguez Pastor, *Extremeños obscenos* 2001: núm. 80; 2002: núm. 115. J. M.^a Domínguez Moreno, *Ahigal* 2011: núm. 172. En el área andaluza recoge dos versiones Juan A. Torres Salvador (Micrófilo) y las publica en *El Folklore Andaluz*, pp. 134-135. A. Larrea Palacín, *Gaditanos* 1959: núm. XXVII. A. Jiménez Romero, *Arahal –Sevilla–* 1990: núm. 61. J. I. Pérez & A. M.^a Martínez, *Campo de Gibraltar* 2006: núm. 27. A. Hernández Fernández, *Albacete* 2001: núm. 155; [Mula] 2009: núm. 197. Carmen Riquelme Piñero, 2006: pp. 38-41. A. J. Sánchez Ferra, (1998) 2000: núm. 254; *Cartagena* 2010: núm. 719. C. González Sanz, *Aragoneses* 2010: II, pp. 179-182. L. Carré, *Galizia* 1968: núm. 251. X. Pisón, Lourenzo y Ferreira, 1999: núm. LXXXI. X. R. Cuba, A. Reigosa y X. Miranda, *Contos Colorados* 2001: núm. 187-188. Aunque C. Noia Campos considera las dos versiones que publica en *Gallegos* 2002: pp. 338-340, como ejemplares del tipo 1562 G*, en mi opinión son más bien singulares variantes del 1562 A. J. González i Caturla, *Baix Vinalopó* 1998: pp. 90-92. Otras referencias bibliográficas en el área del catalán en C. Oriol & J. M. Pujol, 2003, p. 315. Las del área valenciana en R. Beltrán, 2007: núm. 178, 179 y p. 692. J. B. Rael, *Colorado y Nuevo Méjico* 1957: núm. 288. S. Feijoo, *Populares cubanos* 1960: pp. 91-93, reproducido en *Cubanos de humor* 1982: pp. 135-136. M. J. Andrade, *Dominicanos* 1948: núm. 283. Y. Salas de Lecuona, *Venezuela* 1985: núm. 60, 2^a secuencia, núm. 61 y 62. S. Chertudi, *Argentina* 1960: núm. 91; 1964: núm. 92. B. Vidal de Battini, *Argentina* 1984: Tomo IX, núm. 2380, 4^a secuencia y 1995: Tomo X, núm. 2799, 2801 y 3081. Y. Pino Saavedra, *Chile* 1963: núm. 207. A. Paredes Candia, *Bolivianos* 1973: p. 343 y ss. L. da Câmara Cascudo, *Brasil* 1946: pp. 297-299, 2^a secuencia. G. Pitré, *Siciliani* [1875] 2013: núm. 143. G. Finamore [1836-1923], *Abruzzesi* 1977: pp. 216-217. Referencias literarias: F. A. Steel, *Cuentos populares ingleses*, pp. 335-336, «Un señor de señores». Añádanse a estas referencias las de estas otras versiones, que no habían sido tenidas antes en cuenta: Miranda Lopes (1933, 138-163); García Mateos (1991, 186-188); Temporal Oleart (2013, núm. 10).

- Sánchez Ferra 2014, II, núms. 808, 808a y 808b.
- Oriol y Pujol 2003, núm. 1562A.
- Cardigos 2006, núm. 1562A.
- Jiménez Montalvo 2006, 949.
- Beltrán 2007, núms. 178 y 179, y p. 692.
- Hernández Fernández, 2009, núm. 197.
- Hernández Fernández, 2013, núm. 1562A.
- Agúndez García 2013, 137.

Conviene mencionar además que Noia Campos 2010, 680-681, asignó al tipo ATU 1562G*, que tiene ciertos elementos en común con ATU 1562A, dos relatos folclóricos registrados en Galicia en 1997 y 1998. Acerca de ellos matizó Sánchez Ferra 2014, en el aparato crítico que acabamos de mencionar, que “en mi opinión son más bien singulares variantes del 1562A”.

Esta diferencia de criterios a la hora de clasificar tales textos es síntoma, por un lado, de la variabilidad de nuestro tipo narrativo; de su proclividad a compartir motivos con otros tipos, por el otro; y, en fin, de su contigüidad con relatos diversos a los que se puede a veces adosar o con los que es fácil que se confunda. No dejaremos de dedicar un gran número de páginas a esas tramas distintas pero de algún modo relacionadas o reminiscentes del tipo ATU 1562A, lo cual nos permitirá, de paso, considerar desde otro prisma las versiones gallegas publicadas por Camiño Noia y hacer alguna reflexión adicional acerca de sus posibilidades de catalogación.

Atender a todas las versiones que han sido publicadas en español, portugués, catalán y gallego del cuento ATU 1562A sería una labor tan instructiva como gratificante; pero resultaría también agotadora y excedería, con mucho, nuestra disponibilidad de espacio. Me conformaré, por eso, con dar a conocer unas cuantas versiones más que cumplen el requisito de la calidad textual por un lado y, por otro, el de no haber sido nunca antes publicadas, o el de haberlo sido en fuentes de escasa circulación, con lo que se quedaron al margen de los catálogos al uso.

La versión del cuento ATU 1562A que considero más hermosa e inventiva de todas las que han sido registradas en España es esta que grabó Julio Camarena Laucirica en Puebla del Príncipe (Ciudad Real) en 1981:

El cura y el soldado

Llegaron unos militares que iban de maniobras, llegaron a un pueblo. Y claro, los alojan...

–Coña, ¿adónde?

–Pues este va a ir a casa del señor cura.

Pues le alojaron en casa del señor cura y le dijeron:

–Aquí puede estar usted –en una cocina, atrás, aparte de la vivienda de ellos.

–Pues sí, aquí puedo estar bien.

Y ya que cenaron, el sacerdote y el ama dicen:

–Vamos a pasar un rato con el militar.

Pero el militar, ya que se situó allí, mira y ande, en aquella cocina abrigaban la matanza, y estaba colgada en el techo. Dice:

–Coñe –como son tan granujas los militares, dice–, pues yo creo que voy a escapar bien.

No hacía na más que mirar a los chorizos y a los jamones. Y ya...

–Vamos a pasar el rato con el militar.

Van allí.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Y se sientan allí, a la lumbre...

–¿Qué? ¿Qué tal se lleva la vida militar?

–Pues, ahíle, de todo; hay ratos buenos, hay ratos malos... Pues como en la vida civil.

–Muy bien.

Y allí, hablando de todo un poco, ya le dice:

–Oiga ustedé, en su tierra, ¿qué nombre le dan a la persona como a mí, el puesto que yo ocupo?

–En mi pueblo... –claro, el militar, con aquel respeto y aquella vergüenza, por estar con la persona que estaba, dice –allí, el señor cura, el párroco del pueblo.

–Ah, no, hombre, no. ¡Qué atrasados viven ustedes! Aquí no es ese nombre, aquí el propio nombre es un *cantusé*.

Y, claro, el militar pues se callaba.

–Sí. ¿Y una mujer como esta? ¿Lo que ocupa, el puesto que ocupa?

–Pues allí se dice la criada del señor cura, el ama del señor cura.

–No, hombre, no. Esta es un *tiritates*.

Claro, el soldao pues callao.

–¿Y este animalito?

Pasa allí, por delante de ellos, por delante de la lumbre, el gato. Dice:

–¿Esto? Un gato.

–No, este es un *papalarrata*.

Claro, veía el militar que todo lo que él decía pues eran otros nombres.

–Y esta luz que nos alumbrá, ¿qué nombre le dan ustedes a este aparato?

–Un candil, un velón... un quinqué, según sea.

–No, esta es una *tamuza*. Esto, donde estamos entaos, ¿cómo se llama?

–Pues esto se llama una silla.

–Ah, no. Esto es un *arrepeticongo*.

–Bien, pues... las palabras...

–Eso que hay de pie, que tiene esos escalones...

–¿Eso? Pues una escalera.

–No, hombre, no. Eso es un subiente.

¡Cagüen diez! Y ya:

–Y ¿un edificio como este? ¿Cómo le llaman ustedes?

–Una casa, un palacio... una casa.

–Este es un *habitáculo*.

Ya dice:

–¿Y esto que hay aquí colgao?

Claro, que era lo que llamaba a él la atención. Dice:

–Eso que está embutido pues se llama chorizos y morcillas. Y esos grandes son las patas del cerdo. Se llaman: las patas de alante se llaman paletillas y las de detrás, los jamones.

–Eso menudo, eso que está embutido se llama *los evangelistas*; y estos, grandes son *santos y santas*.

En fin, allí, hablando, le preguntó todo aquello que iba viendo y ya, cuando se hartaron... ¡le daba una risa al cura con las palabras que decía!

–Bueno, pues nos marchamos. Entonces, ¿van a estar ustedes muchos días aquí?

–Pues no, ¡quíá!, esperábamos que íbamos a descansar aquí dos otros días.

Como de todas las maneras nos vamos andando... Pues fíjese ustedé, cuando hemos pasao lista nos han dicho que de madrugá nos marchamos, antes de amanecer.

–¡Oy, entonces no nos podemos ver por la mañana!

–Pues no, señor. Yo, claro, me tengo que levantar muy temprano y usted, hasta que no sea hora de la misa... Pues claro.

–Pues nada, que siga bien y que tenga suerte al cumplir bien la mili.

–Bueno, pues adiós.

–Adiós, hasta otra vez que nos veamos.

Se despiden, riéndose el cura y la señora. Y ellos, ya que se fueron, dicen:

–¡Qué lástima! ¡Pobrecito! ¡Las fatigas que pasan los militares!

Bueno, pero que se acuestan. Y él, dos horas antes de ser hora de tocar diana, se levantó, ¡porque es que le daban unas voces aquello que había colgao...!

Por lo pronto se hartó de chorizos, y iba cogiendo de a dos a dos sartas y de a tres a tres, y decía:

–¡Tres por hilera! ¡Cuatro en fondo! ¡Tres por hilera!

Y el cura, oyendo las voces, dice:

–Oye, oye, chica, ¡qué lástima!, está soñando.

–¡Tres por hilera! ¡Cuatro en fondo!

–Lo que les mandan, las instrucciones. ¡Qué lástima! ¡Pobrecito!

Pero antes había preparao un montón de sillas junto a la puerta del dormitorio del cura, con las patas sobre la puerta. Y...

–¡Tres por hilera! ¡Cuatro en fondo!

Ya llega a un jamón y dice:

–¡Y tú, Adán!

¡al morral!

Y dicen:

–Mira, uno, que se ha equivocado y mira lo que ha dicho:

Y tú Adán,

al morral

Conque, ya que preparó bien el petate, se prepara y sale; sale a la puerta de la calle, y dice:

–¡Levántate, *cantusé*, de entre las piernas de *tirititate*, que el *papalarrata* se ha subido por el *subiente* arriba con la *tamuza* entre las patas! ¡Si no te levantas pronto, se te velará el *habitáculo*! ¡Ten cuidado con los *arrepeticongos* –las sillas–, que yo con *los santos* y *santas* traspongo! ¡Adiós, que me llevo a *los evangelistas*!

Dice:

–¡Chica! ¡La matanza!¹²

La siguiente es una versión que yo mismo grabé en Orellana la Vieja, en la provincia de Badajoz, el 30 de julio de 1990:

Esto era un soldao, ¿no? Que cuando venía... antes, como no había ni coches, ni trenes, ni nada, pues mandaban en bestias, o andando, o por donde vieran los pobres cómo podían. Y venían a parar a casa de los curas hasta que llegaban a su casa. Y fue a parar en casa de un cura nuevo que era más guasón que otro poco. Y dice:

–¡Este pobre infeliz...! –Y dice–hijo mío, ¿sabes cómo me llamo?

Dice:

–Sí, señor: señor cura.

Dice:

–No, hijo mío, yo me llamo *cruz de Venus*.

¹² Camarena Laucirica (2012, núm. 347). Una versión mucho más breve tiene, dentro de la misma obra, el núm. 347bis.

Dice:

–Bueno, pues *cruz de Venus*.

Dice:

–Ven p'acá, ven p'acá –dice–. Mira. –Dice–¿y esto qué es?

Dice:

–Es una caja.

Dice:

–No, hijo mío, ese es el *protestates*.

–Pos el *protestates*.

Dice:

–¿Y esto qué es?

Dice:

–Son los zapatos.

Dice:

–No, hijo mío –dice–, eso son los *chilros milros*.

–Pues los *chilros milros*.

Dice:

–¿Y esto qué es?

Dice:

–Un candil.

Dice:

–No, hijo mío, ese es el *garabitate*.

–Pues el *garabitate*.

Pues pasan por el corral, y en el pajar dice:

–¿Y esto qué es?

Dice:

–No, hijo mío –dice–, es el *bitoque*.

Ven la lumbre al viento y dice:

–¿Y eso qué es?

Dice:

–Eso es una lumbre.

Dice:

–No, esa es la *influencia*.

Dice:

–Y eso que está al *lao*, ¿qué es, hijo mío?

Dice:

–Eso es un gato.

Dice:

–¡No! Este es el *paparratas*.

–Bueno, *pos paparratas*.

Y pasa por los chorizos y los jamones que tenía en el techo colgaos, y dice:

–¿Y esto qué es?

Dice:

–Eso son chorizos.

Dice:

–No, hijo mío –dice–, eso son *los santos*. –Dice–¿y eso?

Dice:

–Ese es un jamón.

Dice:

–No –dice–, ese es *Dios*.

–Bueno, pues Dios.

Y ven un pozo con agua y dice:

–¿Eso qué es?

Dice:

–Eso es agua.

Dice:

–No, eso es *abundantis*.

¡Ya está! Se acuestan por la noche y el cura se durmió. Y el pobre soldao dice:

–¡Este va a tener que espabilar!

Se levantó, cogió un saco, le empezó a coger chorizos, y empezaba a hacer así la instrucción:

–¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Al saco!

Y luego decía:

–Y tú, ¡al pelotón de los torpes! ¡Pum!

Dice el cura:

–¡Pobrecito, cómo sueña con la mili! ¡Uy, está haciendo la instrucción dormido!

Y llegaba otra vez:

–¡Un, dos! ¡Un, dos!

Y echaba un chorizo, dos chorizos:

–¡Pum! ¡Tú, al pelotón de los torpes! ¡Paf!

¡Al saco! Y cogió el jamón y se le zampó también. Y vio al gato, y el gato empezó a miar. Y entonces le ató una poca de estopa, y le emprendió mecha al gato, y se metió en el pajar. Y empezó a arder el pajar. Y se pone en la puerta de la habitación del cura y le dice:

–Levántate, *cruz de Venus*,
tú que estás en el *protestates*,
ponte los *chilros milros*
y enciende el *garabitate*,
que va *paparratas*
lleno de *influencia*
y, si no acudes con *abundancia*,
te se quemará el *bitoque*.

Y dice el cura:

–¡Aguaaaa, mi mozo!

Dice:

–Quédate con *Dios*, mi amo, que yo me voy con *Dios* y con todos los *santos*.¹³

He aquí, abreviadas, un par de versiones chilenas cuya presentación tiene el mérito de desvelar tanto las perplejidades en que pueden caer los críticos a la hora de enfrentarse a textos de la ambigüedad y variabilidad que tienen estos, como la conveniencia de la comparación si se quiere llegar a apreciaciones de mejor calidad y al desentrañamiento de sus significados. Las dos variantes están engastadas, además, en un libro de Ramón A. Laval, *Del latín en el folklore chileno* –cuya segunda edición, ampliada, vio la luz en 1927–, que ofrece informaciones muy jugosas acerca de las burlas y juegos lingüísticos que suelen tener arraigo en la tradición folclórica en general, y acerca del uso de latines –inventados o macarrónicos, casi siempre– en particular:

¹³ Versión registrada a la señora Isabel Cerro Moñino, nacida en 1937.

Y ya que disparates son triunfos, voy a poner aquí uno de marca mayor, que encuentro entre unas coplas que hace tiempo me trajo un amigo: Levántate, *sánele meus*; siéntate en tu *polestate*; pónete tus *childos mildos*, también tus *carabitates*; *véritas el veniales*. En esta especie de enigma desprovisto de todo sentido, bien sabemos los chilenos qué significa o se ha querido significar con el *siéntate en tu polestate*; pero lo que sean *childos mildos* y *carabitates*, creo que ninguno lo sospechará.

Me aseguran que lo primero quiere decir aquí calcetines, y zapatos lo segundo; pero no respondo de ello. Me ha llamado, sí, la atención ver figurar las palabras *childos mildos*, pero con *r* en vez de *l*, en un antiguo dicho español: Mi marido fue a la mar; chirlos mirlos fue a buscar, para mí, que no tengo mal (Correas, *Vocabulario*, página 465, columna 1) [...]

Así dije en la 1.^a edición de este trabajo, pero después de publicada, mi amigo Don Pablo Maulén, bibliotecario y archivero del Cabildo Eclesiástico del Arzobispado de Santiago, me dió esta otra versión:

Un cura tomó a su servicio a un muchacho pobre de espíritu, y el primer día, a medida que le mandaba algo, le daba a las cosas nombres extraños; lo mismo en la noche, cuando le ordenó que le abriese la cama y le sacara los zapatos y las medias. Díjole que él se llamaba *Pater meus*; la despensa, el *bitoque*; las salchichas y las longanizas, *albariquiques* y *albaricoques*, respectivamente; el fuego, *experiencia*; el agua, *paciencia*; el gato, *caza la bomba*; la cama, *potestate*; *chirlos mirlos* las medias y *habilidades* los zapatos.

Al día siguiente, de madrugada, el tonto hizo una de las suyas: mojó con petróleo la cola del gato y le arrimó un fósforo encendido; el gato corrió a refugiarse a la despensa, la que comenzó a arder. El tonto fue a avisar al cura, que aun estaba en cama, lo que sucedía, y recordando los nombres que su amo había dado a las cosas el día anterior, le dió la noticia de esta manera:

—Levántate, *pater meus*, qu'estáis en tu *potestate*, pónete los *chirlos mirlos*, después los *habilidades*; mira que *caza la bomba* va cargada de *experiencia*; si no apagáis con *paciencia*, se te quemará el *bitoque*, también los *albariquiques*, también los *albaricoque* (Laval 1927, 17-19).

Conoceremos ahora una versión registrada en el departamento de la Paz, en Bolivia, otro país que los catálogos al uso no habían detectado, todavía, como repositorio de variantes del cuento ATU 1562A:

En una parroquia se decía que vivían dos hombres: un cura y su ayudante. Al cura le encantaba poner otros nombres a las cosas. Un día el cura le dijo:

—Tráeme mis *cherlos merlos*.

Y el ayudante contestó:

—¿Qué es eso?

Le dijo:

—Los zapatos pues, los zapatos.

Un día por la noche unos gatos metían mucha bulla y el cura dijo:

—Haz callar esos *andaritatus*.

El ayudante le dijo qué era eso, y le respondió el curita que eran gatos.

Un día en el almuerzo el curita que se hacía llamar *Cruz de Cristo* le dijo al ayudante que trajera mucha *abundancia*.

Entonces el ayudante, como de nuevo cambió las cosas, le dijo qué era y le contestó que *Cruz de Cristo* era el cura y la *abundancia*, el agua.

Por la tarde le dijo que limpiara la *habitancia*. El ayudante le contestó:

–¿Y dónde es eso?

Pero dijo que es el cuarto. El ayudante ya estaba cansado de esas cosas. Entonces un día que el cura estaba durmiendo, aprovechando, agarró al gato y le amarró en su cola un palo con fuego y lo metió dentro del cuarto. El gato empezó a correr [sic] y a prender de fuego el cuarto, y desde fuera el ayudante gritaba:

–Levántate, *Cruz de Cristo*, ponte tus *cherlos merlos* y trae mucha *abundancia*, porque el *andaritatus* quema tu *habitancia* por tu *pusegato*.

(Me contó mi tía que era de la zona de Irupana).¹⁴

La versión que a continuación conoceremos es representativa de la tradición oral de Cuba:

El cura que quería chotear a un niño malo.

Había un niño muy malo y se lo mandaron al cura para que lo arreglara. Y el cura lo tuvo tres días sin comer. Y al cabo de ellos llamó al muchacho y para reírse de él lo puso frente a un par de zapatos y le preguntó:

–¿Cómo se llama esto?

Y el niño dijo:

–Zapatos.

Y el cura le dijo:

–No señor, se llama *zarabitate*.

Entonces el cura le preguntó:

–¿Cómo me llamo yo?

–Y el niño dijo:

–El cura.

Y el cura le dijo:

–No señor, yo me llamo *posipó*.

El cura lo llevó delante del altar y le preguntó:

–¿Cómo se llama esto?

Y el niño le dijo:

–Altar.

Y el cura le dijo:

–No señor, esto se llama *Bitoque*.

El cura llevó después al niño a donde estaba un gato y le preguntó:

–¿Cómo se llama esto?

Y el niño dijo:

–Gato.

Y el cura le respondió:

–No señor, esto se llama *ave que caza rata*.

Entonces el cura llevó al niño delante de un río y le preguntó:

–¿Cómo se llama esto?

Y dijo el niño:

–Río.

Y el cura le dijo:

–No señor, se llama *clarencia*.

Después el cura llevó al niño a donde había una candela y le preguntó:

–¿Cómo se llama esto?

Y el niño le dijo:

¹⁴ Mihara (2004, 176). En 176-177 está editada otra versión, mucho más breve y deturpada, del mismo cuento.

–Candela.

Y el cura le respondió:

–No señor, se llama *violencia*.

Al otro día después del almuerzo el cura se acostó para dormir la siesta y entonces el niño se fue para el altar y allí estaba el gato sentado. Entonces el niño cogió muchos papeles y con ellos hizo un rabo larguísimo y se lo amarró al gato en el rabo y le dio candela al rabo de papel.

Entonces se fue corriendo al cuarto donde dormía el cura, abrió la puerta y se paró allí a gritarle:

¡Levántese *Posipó*,
póngase los *zarabitates*,
que *el ave que caza rata*
ha cogido con *violencia*,
y si no corre con *clarencia*
se le quemará el *bitoque!*¹⁵

El texto que enseguida reproduciré es uno de los más originales entre todos los que –antiguos y modernos– conozco del tipo cuentístico ATU 1562A. Fue anotado en “el año de 1941 en el pueblo de Tetelcingo, Morelos” (México) por Amalia Martínez del Río de Icaza, aunque no sería publicada hasta más de veinte años después, en 1962.

No es difícil justificar por qué estamos ante un relato de originalidad sobresaliente: primero, porque ilustra la riqueza de la tradición cuentística oral mexicana e hispanoamericana en general, que no es siempre tenida en cuenta –o no de manera suficiente y equilibrada– por los investigadores y redactores de catálogos de narraciones de España y de Europa; después, porque su protagonista es un “Pedro el Travieso” tras el que no es difícil intuir un avatar de Pedro de Urdemalas o de Malas Artes, el *trickster* que desde hace siglos ha protagonizado un sinfín de cuentos tradicionales en todas las lenguas ibéricas; y además porque su trama es una muy tupida amalgama de por lo menos cinco tipos cuentísticos que suelen funcionar, dependiendo de cada contexto, de manera autónoma.

En concreto, de

ATU 301B (*The Strong Man and his Companions, El fortachón y sus compañeros*) +

ATU 860 (*Nuts of “Ay ay ay!”*, *Las nueces de “ay” y de “no hay”*) +

ATU 1562A (“*The Barn is Burning!*”, “*El granero se quema*”) +

ATU 785A (*The Goose with One Leg, La oca con una sola pata*) +

ATU 326 (*The Youth Who Wanted to Learn What Fear Is, El joven que quería saber lo que era el miedo*).

Afirmé páginas atrás que el cuento de Straparola / Truchado que estamos analizando es en realidad una unidad de discurso que aglutina dos cuentos: el del clérigo cuyo desconocimiento del latín le deja en ridícula evidencia ante su obispo, y el que se corresponde propiamente con el tipo ATU 1562A. Señalé también que esta suerte de contaminaciones es fenómeno común en el ancho campo del folclore. El cuento mexicano al que ahora nos enfrentamos, suma de cinco cuentos que funcionan por lo general de manera independiente, hace superfluo cualquier argumento adicional.

He aquí, en fin, la exuberante versión que fue anotada en Tetelcingo, Morelos:

¹⁵ Fernández (1997, 156-158). Otra versión cubana fue publicada en Victori Ramos (1998, 62-63).

Cuento de Pedro el Travieso

Había una mujer quien tenía un hijo y este no tenía padrino porque todavía no se había bautizado. Entonces la mujer dijo:

–Mi hijo es muy grosero y no sé quién puede bautizarlo. Mejor voy a decirle al cura que lo bautice.

Se fue la mujer a decirlo al cura. Le dice:

–¿Qué puedo hacer? Mi hijo ya es muy grande y es muy malo lo que está haciendo. A ver si quiere Ud. bautizarlo.

Le dijo el cura:

–Sí puedo bautizarlo; cómo no. Anda a traerlo y que yo le bautice.

Su madre fue a traer al muchacho y el cura lo bautizó. Desde entonces este muchacho ya tuvo su padrino y lo llamó Pedro.

Después se fueron a su casa y aquí el muchacho crecía. Su madre hasta ya no sabía qué hacer, porque este muchacho estaba completamente grosero. Un día su madre le dice a su hijo:

–Mira, hijo, ya no sé qué hacer contigo. Pegas mucho a los niños y *diatiro* mentes. Mejor te voy a dejar con tu padrino y ahí estate.

Entonces la madre fue a decirle a su padrino y le dice:

–Compadre, ¿qué haré con este muchacho? Es mucho más grosero hasta que ya no aguanto. Mejor que esté con Ud.

Entonces dice el cura:

–Está bien. Que venga conmigo.

Entonces Pedro se fue con su padrino el cura. Ahí ya tenía tiempo; ahí ya le alcanzaron las aguas. Un día su padrino le dice:

–Hijo, ve a comprar medio de *hay* y medio de *no hay*.

Y su padrino le dio medio real. Entonces Pedro tomó un plato y una servilleta. Pasó a llevarse un cuchillo y se llevó aquel medio real. Cuando llegó en una cantina, dijo:

–Este medio real, voy a tomar con él y voy a comprar medio de *hay* y medio de *no hay*.

Entonces pasó a tomar su vino y se fue. Llegó allá adentro de la barranca y allá encontró un nopal y encontró una penca y se sentó. Debajo le quitó sus espinas de un lado y del otro lado no las quitó.

Entonces dijo:

–Ahora ya están medio de *hay* y medio de *no hay*. –Y dijo:–voy a ponerlo en el plato. Lo que no tiene espinas mira el plato y lo que tiene espinas va encima y lo taparé con la servilleta, y cuando yo llegue junto a mi padrino le diré: “Aquí está medio de *hay* y medio de *no hay*”.

Y así llegó junto a su padrino y le dice:

–Compadre. Aquí está medio de *hay* y medio de *no hay*.

Y su padrino fue a tentar y se espinó los dedos y le dice:

–¿Qué *hay*?

Y Pedro le dijo:

–*Hay*, compadre, pero debajo no hay nada.

Entonces dijo el cura:

–De veras este mi ahijado sabe mucho. ¿Qué haré con él? Ahora le diré así. Mañana al amanecer voy a ponerles por nombre a mis calcetines, *chirlosmirlos*, y a mis zapatos *tarabitates*, y a ver si sabe qué son.

De veras, en la mañana, luego que amaneció, lo llamó a su ahijado:

–Pedro, vente. Dame mis *chirlosmirlos* y mis *tarabitates*.

Y Pedro luego corrió y fue a traerle sus calcetines y sus zapatos y le dice:

—Aquí están, compadre.

Y su compadre dijo:

—De veras de veras, mi ahijado sabe mucho. ¿Cómo supo que les nombré a mis zapatos *tabaritates* y a mis calcetines *chirlosmirlos*? Pues ahora verá. Ahora le probaré con otro.

En la mañana le dice:

—Pedro, vente. Toma dinero y compra un pollo, y si ya lo trajiste, mávalo, límpialo y ponlo. Pero mira, Pedro. Guárdame sus piernas porque a mí me gustan muchos las piernas del pollo.

Pedro se fue a comprar el pollo. Vino y enseguida mató el pollo y lo puso a cocer, y cuando ya estuvo cocido le dijo a su compadre el cura:

—Compadre, ya se coció el pollo.

Y le dice su compadre:

—Saca la carne de adentro de la cazuela y allá voy.

Pedro llegó y sacó la carne y la puso adentro de la cazuela y dijo:

—¿Por qué le gusta mucho a mi compadre comer las piernas de pollo? Yo quiero probarlo también. A ver si de veras son sabrosas.

Entonces Pedro agarró una pierna de pollo y la comió. Poco después llegó su compadre y le dice:

—Pedro, ¿dónde está la carne?

Pedro dijo:

—Aquí adentro de la cazuela.

El cura vio la carne y buscó las piernas, y Pedro dijo:

—Nomás una pierna tenía el pollo.

Dijo su compadre:

—De veras eres muy mentiroso; no hay pollo que tenga nomás una pierna. Todos los pollos tienen dos piernas y tú dices que nomás una pierna tenía. Si quieres vamos a verlas.

Y dijo Pedro:

—Donde yo fui a comprar el pollo nomás una pierna tenía. Si quiere Ud. vamos a verlos.

Y en aquel día hacía mucho frío y los pollos no se bajaban de arriba de los árboles y porque hacía mucho frío algunos pollos estaban escondiendo sus piernas.

Llegó Pedro con el cura donde estaban los pollos y dijo Pedro:

—Compadre, aquí vine a comprar el pollo. Mire los pollos y verá cómo algunos no tienen dos piernas.

Entonces el cura anda mirando arriba y anda viendo los pollos arriba en el árbol, y entre muchos pollos había uno que estaba parado nomás en una pierna y lo vio Pedro y le dijo a su compadre:

—Compadre, compadre, mire, aquí está uno que tiene nomás una pierna.

Y se acercó el cura y le dijo:

—Tonto, Pedro, este pollo tiene dos piernas; solo que nomás con una está parado y para que veas ahora lo voy a espantar y va a bajar la otra pierna.

Y dijo Pedro:

—A ver, que lo baje.

Entonces el cura le dijo al pollo:

—Ssst.

Entonces el pollo bajó pronto la otra pierna y dijo el cura:

—Ya viste, Pedro, cómo tiene dos piernas.

Y dijo Pedro:

–Ay, compadre, si Ud. le hubiera hecho a aquel pollo “sssst” también hubiera sacado otra pierna, pero este como no le hizo nada ni no le hizo “ssst” por eso no sacó la otra pierna.

Dijo el cura:

–Deveras, este muchacho sabe mucho. Él halla todas las cosas y por eso no sé qué haré con él.

Un día dijo el cura:

–A este mejor le voy a poner el sacristán para que lo espante.

Entonces dijo el cura:

–Le diré al sacristán que vaya a media noche y que se siente en la campana grande, y yo mandaré a Pedro a que vaya a repicar a media noche y allá que lo espante el sacristán a ver si con eso se muere.

Entonces llegó el día y el cura le dijo al sacristán:

–Ahora a media noche tú vas a sentarte arriba de la campana grande y yo mandaré a Pedro que vaya a repicar a media noche. Cuando ya está, él allá; allá, espántalo y a ver si con eso lo espantas y ya no nos siga molestando aquí.

Entonces a media noche fue el sacristán a sentarse arriba de la campana grande y entonces también el cura envió a Pedro, y le dijo:

–Anda a repicar. Es media noche.

Entonces llegó Pedro allí donde se repica y arró la campana. La repicó una vez y como allá estaba el sacristán dijo como para espantar a Pedro:

–Me caigo y no me caigo.

Y Pedro dijo:

–¿Quién eres tú? Si vas a caer, cae de una vez.

Otra vez repicó Pedro y otra vez dijo el sacristán:

–Me caigo y no me caigo.

Y dijo Pedro:

–Cae, pues; si vas a caer. ¡Andale!

Otra vez repicó y otra vez dijo el sacristán:

–Me caigo y no me caigo.

Entonces Pedro le dio mohína mucho y le buscó gritando, y cuando vio dónde él estaba, dijo Pedro:

–¿Quieres caer? ¡Pues ahora cae de una vez!

Entonces lo agarró por los pies y le estiró y lo aventó hasta el suelo y lo mató de una vez.

Entonces el cura oyó que azotó algo y dijo el cura:

–Tal vez Pedro mató al sacristán.

El cura esperaba otro poquito hasta que llegara Pedro. Cuando Pedro llegó, le dijo a su padrino:

–Me mandaste que fuera a repicar y a lo mejor allí fui a encontrar algo. Cuando yo primero repiqué, dijo aquel que allí estaba “Me caigo o no me caigo”, y así me estaba diciendo siempre. Me dio tanta mohína que lo agarré por los pies y lo tiré hasta el suelo. Creo que ahora allí está.

Entonces dijo el cura en su corazón: “¿Qué haré con este muchacho? Ya me mató a mi sacristán. Ni modo. Y no sé qué haré con él”. (Martínez del Río de Icaza 1962, 82-85)

El desenlace de este singularísimo relato mexicano queda en el aire, sin el típico y previsible colofón del escarmiento que el joven *trickster* debiera aplicar al clérigo abusador. Ese final abierto es señal de que el relato sigue invitando a la incorporación de nuevas y eventuales travesuras y episodios: estamos ante una modalidad de dispositivo narrativo en forma de sarta que presenta concomitancias

sugerentes con estructuras como las de la novela picaresca o la del *Quijote*, o con los relatos (y películas) de series de aventuras en general.

El episodio, en concreto, del cuento mexicano en que el clérigo intenta imponer su jerigonza lingüística a Pedro el Travieso es rama inconfundible del cuento-tipo ATU 1562A. Pero rama severamente abreviada, que pierde su condición de relato independiente para quedar reducida a interpolación episódica encajada dentro de una estructura de largo aliento y en la que cambia todo el juego de equilibrios narrativos. Una refundición tan radical es, más que ninguna otra de las que hasta aquí hemos conocido, indicativa de la inventiva excepcional de la que en tantas ocasiones se halla imbuido el cuento de transmisión oral, y de la proclividad a la experimentación de algunas de las voces que lo producen y lo transmiten en el seno de la tradición.

Para quienes nos interesamos por la *novella* de Straparola / Truchado, que aglutina dos cuentos que se burlan de la necedad del clérigo Pirro Testa, el cotejo con el *quintuple* cuento mexicano nos presta alguna base para la elucubración o la sospecha: ¿sería posible que corriesen, en el folclore de la Italia de Straparola, todo un ciclo de relatos acerca de aquel cura, o de otros tan infames como él, y que los dos que inmortalizaron Straparola y Truchado fueran una selección corta y aleatoria de ellos?

Si el cuento mexicano que acabamos de conocer da la impresión de que se desborda hacia los lados, buscando la compatibilidad y el encaje con otros tipos narrativos, en el cuento nicaragüense que conoceremos a continuación se advierte, en cambio, una renovación radical, pero desde dentro, sin salirse de sus propias costuras. El que no conozcamos un tipo narrativo independiente que se le pudiera haber adosado para causar la transformación que ha sufrido sustenta esa opinión, que es, por supuesto, discutible y provisional.

El relato en cuestión fue registrado en el municipio Jicaral, en el departamento de León, en Nicaragua, un país en el que tampoco se habían documentado versiones de ATU 1562A con anterioridad. Pese a lo innovador de algunos ingredientes de su trama, son obvias las analogías que corroboran su adscripción al tipo ATU 1562A que estamos analizando.

Persiste, en la versión nicaragüense que vamos a conocer, el afán de un clérigo malintencionado de humillar a un personaje de rango social inferior mediante la imposición de un lenguaje maliciosamente distorsionado; y se mantiene, al final, la venganza de quien iba a ser la víctima contra el necio dictador verbal. En ese círculo están cifradas, mayormente, las coincidencias.

Las discrepancias asoman, sobre todo, en la sección final, en la que el sujeto subordinado no se venga quemando la casa del poderoso, tal y como preferían las demás versiones, sino que se las arregla para que el cura abusador encuentre, y por tres veces, obstáculos que impiden la satisfacción de sus instintos libidinosos. Una modalidad realmente original –no conocemos relatos paralelos– de castigo, si se mide con el rasero de las demás versiones; pero elaborada conforme a códigos y a tópicos de gran arraigo en la sociología y la ideología de la literatura folclórica, tan proclive a denunciar y a burlarse de la voracidad sexual de muchos curas:

El padrecito y el sacristán.

Una vez un padrecito y el sacristán se fueron a visitar a una familia que vivía lejos del pueblo. Iban montados en unos caballos. En el caballo que iba el sacristán llevaban la comida.

Cuando iban a medio camino, el sacristán iba con hambre. Entonces decidió meter la mano en la alforja y agarrar comida a escondidas del padrecito. Cuando él intentaba meter la mano a la alforja, el padrecito le preguntaba:

–Hijo, ¿cómo se llama ese pájaro?

El sacristán sacaba la mano de la alforja y le decía:

–Es tijul, padrecito.

Allá más adelante intentó de nuevo agarrar comida cuando el padre le preguntó:

–Hijo, ¿cómo se llama ese palo grande que está allí?

El sacristán sacaba la mano de la alforja y le respondía:

–Es guanacaste, padrecito.

Y seguían caminando. Cuando llegaron a una parte pareja, dijo el sacristán:

–Aquí sí voy aprovechar. Voy a intentar la última vez, porque ya estamos cerca del caserío.

Iba metiendo la mano a la alforja cuando el padre le preguntó:

–Hijo, ¿cómo se llama este llano?

El sacristán, enojado porque no pudo agarrar comida, le contestó:

–No sé, padre.

Cuando llegaron a las casas que iban a visitar, atendieron bien al padrecito. Conversaron alegres, y el sacristán observó que el padre se enamoró de una muchacha bonita que vivía en la casa.

El sacristán dijo:

–Hoy me desquito. Hoy no dejo hacer nada al padrecito.

Llegó la noche y les dieron el cuarto donde iban a dormir el padrecito con el sacristán, cada quien en su cama. Ya entrada la noche, el padrecito se levantó. Iba a buscar a la muchacha. El sacristán lo escuchó, y le dijo:

–¡Padre!

El padrecito se regresó y le contestó:

–¿Sí, hijo?

–Fíjese que me estoy acordando que el pájaro que le dije que se llamaba tijul no era tijul. Era *sanate*.

–Está bien, hijo.

Y siguieron acostados. A media noche el padrecito se levantó sutilmente. Iba para afuera cuando el sacristán le dijo:

–¡Padrecito!

El padre se regresó y le contestó:

–¿Qué fue, hijo?

–Fíjese que el palo que le dije que era guanacaste no era guanacaste. Era *jenízaro*.

–Esta bien, hijo. No estés pensando en eso, busca a descansar mejor.

Por la madrugada el padrecito decidió hacer el último intento. Cuando iba por la puerta, el sacristán le dijo:

–¡Padrecito!

El padre se regresó a la cama y le contestó:

–¿Qué fue, hijo?

–Fíjese que ya me acordé cómo se llama el llano que me preguntó.

–¿Y cómo se llama?

–Se llama *llano liso*, padrecito. (Rodríguez Baltodano 2010, 81-83, núm. 7)

De ATU 1545 (*El niño con muchos nombres*) a ATU 1544A* (*La adivinanza del soldado*)

Si nos quedásemos en el análisis interno del tipo ATU 1562A, sin intentar salir de sus estrechos contornos, lograríamos adquirir conocimientos importantes del cómo, pero no captar muchas claves del por qué de los fenómenos de variación que determinan su poética. El contraste con los mecanismos verbales que operan en otros relatos y tipos narrativos con los que tiene motivos compartidos, contigüidades incluso, es la estrategia que, creo, puede resultar más iluminadora, por cuanto la energía de la variación no se centra solo en el detalle, sino que opera también en el plano de la estructura general del cuento y en su relación con otros cuentos.

Tengamos en cuenta, para empezar a constatarlo, el cuento ATU 1545 (*The Boy with Many Names, El niño con muchos nombres*), que ha sido resumido de este modo en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther:

Un hombre es empleado como mozo de granja por un señor (un rey, un hombre rico, un clérigo), pero se niega a usar su nombre verdadero. Varias personas le llaman con nombres absurdos, como el de Pájaro, Cabello, Seductor (o Yo Mismo, Gato, Calambre).

Los diferentes nombres causan equívocos que procuran ventajas al mozo de granja. Duerme con la hija y con la esposa de su amo. Cuando ellas le acusan de ello, el señor no las entiende, y el mozo de granja continúa comportándose del mismo modo. El amo sabe que el criado ha robado dinero (o algún otro bien), pero por causa de sus nombres tan peculiares, no está seguro del robo.

Después de la marcha del mozo de granja son descubiertas sus trampas, pero él no llega a ser atrapado porque la gente que le persigue queda en ridículo al llamarle por sus nombres.

Una versión excelsa de este tipo ATU 1545 fue registrada en 1982, de labios de una persona de Corral de Calatrava, por Julio Camarena Laucirica:

El cocinero de los muchos nombres

Esto eran tres amigos que iban por la calle. Y se enteraron de que en casa del rey se habían quedao sin cocinero. Y dice uno de ellos:

—Oye, ¿qué te apuestas que esta noche me acuesto con la hija del rey?

—Anda, anda, anda, no lo pienses, no lo pienses.

Dice:

—¿Qué no? Ya vas a ver.

Coge y se va a casa del rey. Llama y sale el portero. Dice:

—¿Qué quería usted?

Dice:

—Pos mire usted, que me han dicho que estaban ustedes sin cocinero.

Dice:

—Pues sí, señor.

—Quería ver si... me podía yo quedar.

Dice:

—Espere usted que suba y se lo diga al rey.

Sube. Dice:

—Mire usted, aquí hay un muchacho que quiere venise de cocinero.

Dice:

–Bueno, dile que suba.

Dice:

–Que suba usted. –Dice–pero oiga usted, dígame cómo se llama usted.

Dice:

–Yo me llamo Yo Mismo.

–Pues pase usted.

Sube y, claro, estaba el rey esperando; lo saludó... Dice:

–¿Qué? ¿Que usted quiere quedase de cocinero?

Dice:

–Pues si puede ser, sí, señor.

–Pues nada, sí, señor, sí, usted se queda, y usted se va abajo, para la cocina, que allí la criada le dirá dónde está todo. –Y dice–Pero dígame, ¿usted cómo se llama?

Dice:

–Yo me llamo Bragueta.

Bueno; pues ya se encuentra con la reina. Y dice:

–Anda, ¿usted es el nuevo cocinero?

Dice:

–Sí, señora.

Dice:

–¿Y cómo se llama usted?

Dice:

–Yo me llamo Mantas.

Bueno. Pues llaman a la niña y dice:

–Uy, ¿usted es el nuevo cocinero? Qué joven.

Dice:

–Sí, señora.

–¿Y cómo se llama usted?

Dice:

–Yo me llamo Caldo.

Dice:

–Uy, qué nombre tiene usted.

Bueno, pues ya se bajó para la cocina, la criada le dijo dónde estaban todas las cosas y ya le dice:

–Oiga usted, ¿cómo se llama usted?

Dice:

–Me llamo Gato.

Bueno. Pero por la puerta de atrás, de allí, den casa del rey, había un bar, enfrente. Y él salió corriendo, y fue al bar y encargó unas perdices que estuvieran riquísimas para la cena, porque él no sabía ni por dónde empezar. Le hacen las perdices, le llaman...

–Ya está todo preparao.

Sube y le dice a la criada:

–Oye, ya puedes poner la mesa, que la cena ya está.

Pone la mesa, suben con su cena, suben las perdices, le ponen a la niña, se ponen a cenar y la niña... ¡bebe que te bebe caldo! ¡Bebe que te bebe caldo! Y la madre...

–No comas tanto; que te va a hacer daño, hija mía, que estás comiendo mucho.

–Ay, mamá, si es que está muy rico.

Otra vez a comer caldo.

–Pero muchacha, no comas tanto caldo, que te va a hacer daño.

–Que no, mamá, que está muy rico.

Bueno, pues ya cenaron. Quitaron la mesa ya; cuando era hora de acostarse le dice la reina a la criada:

–Arréglale la cama a la niña.
 Va a arreglarle la cama para que se acostar, y ve al cocinero debajo e la cama. Y sale y dice:
 –Oiga usted, señora, el Gato debajo e la cama.
 Dice:
 –Pues déjalo que cace.
 ¡Pues que cace! Bueno, pues ya que los vio dormíos, se metió con la niña en la cama.
 Y empieza la niña a dar voces:
 –¡Mamá! ¡Caldo me hace mal!
 –¡Claro! ¡Si yo te lo estaba diciendo, que no comieras tanto caldo! ¡Si yo sabía que te iba a hacer daño.
 –¡Pero mamá, que Caldo me hace mal!
 Tantas veces lo dijo que ya salió la reina...
 –Voy a ver qué pasa.
 Al entrar en la habitación, el cocinero que salía corriendo. Y empieza la reina a dar voces:
 –¡Mantas, Mantas, Mantas sobre la princesa!
 Tos los de allí del palacio con mantas a arropar a la princesa...
 –¡Pero si a mí no es, es ese que va corriendo!
 Se cruza con el rey y empieza el rey:
 –¡Agarrar a Bragueta! ¡Agarrar a Bragueta!
 Tos iban a agarrar la bragueta del rey...
 –¡Pero si a mí no es, es a ese que va corriendo!
 Llega a la puerta y le dice al portero que le abra. Le dice el portero que no. Dice:
 –¿Que no me vas a abrir tú?
 Lo cogió, le dio contra la pared y le rajó la cabeza.
 Y tuvo que abriale la puerta. Salió volando. Y baja el rey; dice:
 –¡Pero bueno! ¿Qué te ha pasao? ¿Quién te ha escalabrao?
 Dice:
 –Yo Mismo.
 Dice:
 –Pues si has sío tú mismo, hijo mío, no le echas la culpa a nadie. (Camarena Laucirica 2012, núm. 343)

El cuento manchego que acabamos de conocer, avatar del tipo ATU 1545 (*The Boy with Many Names, El niño con muchos nombres*), da la impresión de que comparte ingredientes y resortes muy característicos con nuestro tipo ATU 1562A (“*The Barn is Burning!*”, “*El granero se quema*”). En el cuento manchego, un desheredado que maneja el lenguaje y la acción de manera ingeniosa vuelve a burlarse de un poderoso (aquí un rey, aunque en otras versiones de este tipo narrativo se trata de un hombre rico o de un clérigo), y lo hace utilizando estrategias verbales análogas a las que ya hemos visto tantas veces emplear.

La diferencia más llamativa estriba acaso en que el protagonista de este tipo ATU 1545 es un *trickster* de los pies a la cabeza, un tramposo innato y vocacional que ha venido al mundo para urdir engaños por iniciativa propia, mientras que el protagonista del tipo ATU 1562A, del que es representante insigne nuestro Juan Galandín, se escora más hacia la categoría de héroe recto y prudente, que solo perpetra trampas y engaños en respuesta a la agresión de un abusador poderoso.

Las estrategias verbales movilizadas por quienes triunfan en ATU 1545 y en ATU 1562A tampoco difieren mucho de las que suele emplear el pícaro protagonista

del cuento ATU 1544A* (*A Soldier's Riddle, La adivinanza del soldado*), cuyo resumen encontramos así en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther:

Un soldado (o aprendiz, o mendigo) recibe la hospitalidad de una vieja (o de la dueña de una granja, o de un cura o monja). Él la induce a dejar la cocina, mete la oca (o el pollo) que ella está cocinando en su saco, y lo cambia por su zapato.

La mujer le pregunta por las últimas nuevas (cómo va la guerra; el cura le pregunta si hay algo que quiera confesar). El soldado responde: “El rey de las ocas se ha marchado desde la casa del horno a la casa del saco”. La mujer no comprende lo que dice y permite que se marche con la oca.

La versión de ATU 1544A* que reproduzco, del pueblo de Chinchilla de Montearagón (Albacete), es de rareza y valor excepcionales, si se tiene en cuenta que el catálogo de Aarne-Thompson-Uther no indexaba ninguna versión registrada en España:

Era un soldao. Y entonces se fue a la mili. Y volvía a su casa. Y entonces no... Tenía mucha hambre. Y pasó ca el cura. Y entonces le dijo al cura que si le daba posá, porque su casa estaba muy largo. Porque antes no había tantos vehículos como ahora. Todo el camino que se andaba tenía que ser andando; el que tenía un caballo era una suerte. Y entonces pilló y el cura le dio posá. Y el cura estaba de mataero, y tenía las morcillas, los chorizos ya colgaos y todo. Y entonces él, como tenía tanta hambre, le dijo el cura:

–Mire usted, aquí se puede usted acostar y aquí pasa usted la noche; mañana por la mañana, pues habla usted a su familia.

Dice:

–Bueno, pos muy bien.

Entonces, claro, el cura se fue a su sitio a acostar y él adonde le dijo el cura. Pero, al acostarse el cura salió. Y entonces vio tanta comida; tenía tanta hambre y decía, y le dice:

–Mañana, de que se levante el cura, como me acierte la adivineta, le digo lo que es, y si no, le digo que no vale, que como no me ha acertao la adivineta no sabe lo que, lo que yo he hecho.

Pues entonces dice:

–Yo me como al *chirricocle*

y el santo *mendimiento*

porque no me coge;

y tú, morcón,

por ser el más torpe,

al pelotón.

Y entonces era que se comió las morcillas –era el *chirricocle*–, y el santo *mendimiento* que no le cogía era el pernil. Y entonces se levantó el cura. Y dice:

–Pero, ¡leche! Si se ha comió las cosas este soldao.

Y va allí, a la habitación, dice:

–¿Qué haces?

Dice:

–¡Hombre! –dice–. ¡Hay que ver, qué partida me has hecho! –dice–, te has comió todo el embutido que tenía.

Dice:

–Pues le voy a decir a usted:

Me comí a *chirricocle*

y el santo *mendimiento*
 porque no me coge.
 Y tú, morcón,
 por ser el más torpe,
 al pelotón.
 Si me acierta usted la adivineta, me hace usted juicio, y si no me l'acierta usted, nada,
 estamos en paz.
 Y dice el cura:
 –Pero, ¿qué...? ¿Cómo te voy a adivinar yo esas cosas?
 Dice:
 –Pos, mire usted, yo tenía tanta hambre, me he comío a *chirriquicle* y a *chirricocle*, y el
 santo *mendimiento* que no me cogía era el pernil, por eso se lo he dejao a usted.¹⁶

¿AT 1562G* (*Los nombres raros*) en Galicia?

El último cuento que voy a reproducir en su integridad y que vamos a analizar con algún detalle en este artículo –era tarea pendiente, anunciada páginas atrás– es uno en lengua gallega que fue registrado en el pueblo de Filgueira-Cerdedo (Pontevedra) en el año 1997. Camiño Noia le puso el título de *As cousas cambian o nome* y le asignó el tipo AT (Aarne-Thompson) 1562G*, no el ATU (Aarne-Thompson-Uther) 1562G*, puesto que el catálogo de Uther acabó eliminando el tipo 1562G*. Noia publicó una segunda versión del mismo tipo de cuento –su título: *¿Sabes como lle chaman ás cousas?*–, grabada en Figueiroá-Sober (Lugo) en 1998, tan rara y tan excelente como la que vamos a conocer, aunque no tengamos espacio para reproducirla aquí.

El cuento gallego, o, mejor dicho, los dos cuentos gallegos publicados por Noia, son realmente excepcionales y no tienen parangones claros en otras tradiciones orales; la estudiosa gallega coligió que el tipo narrativo al que más se asemejaban, aunque fuera de manera imperfecta, era

AT 1562G* (*Strange Names, Nombres extraños*).

Una vieja y su hijo pasan la noche poniéndose nombres extraños. Los malentendidos se suceden por la noche.

Ya hemos señalado, en páginas anteriores, que Anselmo Sánchez Ferra, en el aparato crítico de *El cuento folclórico en Lorca*, opinó que los dos cuentos gallegos editados por Noia “en mi opinión son más bien singulares variantes del 1562A”, es decir, del tipo que estamos analizando nosotros ahora.

¹⁶ Atiénzar García (2017, núm. 120). Véanse también las variantes núms. 121 y 122. Las versiones hispánicas del cuento ATU 1544A* son tan escasas que no resisto la tentación de reproducir esta otra versión, mucho más breve, que fue publicada en Argandoña (1994, 113): “Llegó un pobre a Lezáun pidiendo limosna y llamó a una casa. No le contestó nadie, ya que la dueña estaba en misa, por lo que entró hasta la cocina para ver si había algo mal alzado y llevárselo. Coincidió que hacía poco que habían matado y allí estaban las longanizas y las morcillas colgando de las palancas. Llenó el saco y se entretuvo buscando una silla para descolgar el morcillón que pendía de un clavo de la madera. Se le iba pasando el rato y desistió del empeño. Cuando salía a la calle llegó la dueña de misa y le empezó a renegar: –¿Cómo te has atrevido a entrar en casa, sinvergüenza? ¿Qué llevas en ese saco? El pobre le contestó: –Ángeles y querubines van en mi morral, el Santo Padre se ha quedado por no poderlo alcanzar”.

¿Puede haber solución a este enredo? ¿Sería posible asignar a los dos cuentos gallegos publicados por Noia un número de catálogo concluyente y unívoco? La única manera de lograrlo sería, opino, crear un número de tipo nuevo y privativo para ellos, ya que esos dos relatos no parecen ser variantes de otros tipos catalogados.

Al margen de su rareza extrema y de las dificultades que ello entraña a la hora de su clasificación, lo que más nos interesa ahora subrayar es que los dos cuentos gallegos grabados en Filgueira-Cerdedo y en Figueiroá-Sober integran en un marco argumental diferente de los demás que conocemos un motivo narrativo, el de las argucias lingüísticas que dividen al paisanaje en excelentes o en necios entendedores/oradores/traductores, que se diferencia en muy poco de los que ya hemos visto insertos en otros tipos de cuentos.

Por rara y original que sea esta tipología exclusivamente –hasta donde sabemos– gallega de cuentos, no cabe duda, pues, de que comparte ingredientes y resortes, y por tanto alguna modalidad de parentesco, con los demás tipos que hemos ido conociendo:

Era unha moza que tiña dous novios e os dous querían casar con ela, pero ela, ¡claro!, ela casou co que lle ghustaba mellore. E o outro que a quería cando soubo que se casaba, que lle dixo:

–Bueno, pois se aghora casas con Fulano, pero vas pra ese lughar e que vas prá casa e non che falan como falamos nós.

E que lle dixo:

–E logho ti, se sabes como falan, dime logho alghunhas cousas, e tal.

E que lle dixo:

–Pois, mira, á soghra chámanlle *Tía Ventoña*, á cabeza chámanlle a *cachamouza*, ás mantas da cama chámanlle os *demos*, a cama é o *purgatorio*, sartén é *parra-putaque-te-pareu*, ós ovos chámanlle *peidos*, á manteca chámanlle *furrica*.

E, bueno, estívolle así dicindo cosas e tal. E o primeiro día disque xa lle dixo á soghra, que lle dixo:

–¡Mi *tía Ventoña*! ¿Seica lle doi moito a *cachamouza*? Pois, mire, váiase deitar ó *purgatorio* que eu lle botarei os *demos* por riba, é fãgholle catro *peidos* na *puta-parraque-te-pareu* e cunha cucharada de *furrica*, verá como lle han de ser bos.

E despois a soghra disque toda arreneghada:

–¡Ai, Dios mío, Carioquiña! ¡Dios mío, que muller trouxeches pa casa! ¡E mira o que me dixo!

E el que lle dixo:

–¿E logho por que lle diría así?

–Pois eu non che sei por qué me dixo así, pero, mira, ¡eu non sei, non sei...!

Bueno, e a mullere, claro, non quedou contenta, pero despois o conto xa estaba feito.¹⁷

De nuevo sobre héroes, *tricksters* y necios, sobre el buen y el mal traductor y sobre violencia y *logos*

Los cuentos acerca de héroes o de *tricksters* pobres o pertenecientes a las clases subordinadas que se desplazan hasta la casa de algún superior poderoso o de algún patrón u hospedador pudiente, con el fin de ejecutar alguna justicia o escarmiento, o de perpetrar alguna agresión, robo o escarnio, con escenificación de pruebas de ingenio verbal de las

¹⁷ Las dos versiones han sido editadas en Noia Campos (2002, 338-340).

que saldrá el vencedor de la pugna, forman parte, según hemos empezado a apreciar, de una familia de narraciones mucho más compleja y dispersa de lo que era posible prever cuando pasamos por el trámite de nuestra primera lectura del cuento de Straparola / Truchado.

Una pista que corroborará lo largo y poliédrico de su parentela: en un artículo que es, en algunos aspectos, complementario de este, tuve la oportunidad de analizar una serie de relatos acerca de estudiantes hambrientos y gorriones que, armados por lo general del arma de los latines y de las destrezas verbales superiores, iban por ahí saqueando casas y posadas (en ocasiones de clérigos) en las que habían sido recibidos.¹⁸ Nuestro cuento ATU 1562A (“*The Barn is Burning!*”, “El granero se quema”) era uno de los que ilustraban lo difuso de aquel esquema de narraciones. Pero otro era el tipo

ATU 1526A (*Supper Won by a Trick, Cena ganada haciendo trampas*).

Tres (o cuatro) *tricksters* (o ladrones, estudiantes, soldados) quieren cenar algo. No tienen dinero, así que consiguen la comida por medio de sucesivas (o de tres) trampas. Con frecuencia algún otro personaje se ve obligado a pagar la comida.

En algunas variantes un solo *trickster* consigue una comida gratis haciendo trampas; simulando, por ejemplo, que él es un invitado.

Salieron además a colación, en la monografía a la que me estoy refiriendo, otros tipos cuentísticos, como ATU 1642 (*The Good Bargain, El gran chollo*) y 1642A (*The Borrowed Coat, El abrigo prestado*), que en algunas señaladas versiones españolas –no en la mayoría– volvían a asociarse a la figura del estudiante que con el arma de sus latines se imponía a algún oponente poderoso. Omito los resúmenes correspondientes a estos tipos del catálogo de Aarne-Thompson-Uther porque su letra gorda no desciende a los detalles –los de la controversia lingüística– que resultan relevantes para nosotros.

Entre los tipos cuentísticos hacia los que podríamos seguir tendiendo puentes podrían contarse otros como

ATU 664* (*The soldier hypnotizes the Innkeeper, El soldado hipnotiza al ventero*).

1. Un soldado (o transeúnte) llega a una venta y paga con unas monedas de oro que después se convierten en botones o en huesecitos. Cuando el ventero lleva al soldado a juicio, el soldado hipnotiza al juez, quien piensa que están sufriendo una inundación. Es obligado a pasar por una serie de aventuras sin abandonar la habitación. Cuando vuelve en sí, el juez absuelve al soldado.
2. Un soldado cuenta cuentos y gracias a sus poderes mágicos hace que el ventero crea que es un oso, que el soldado es un lobo, y que ambos están siendo cazados por perros. El ventero se cae de la cama y vuelve en sí.

O como:

ATU 752A (*Christ and St. Peter in the Barn, Cristo y san Pedro en el granero*).

Cristo y san Pedro pasan la noche en el granero de un granjero. Para pagar el alojamiento el granjero les obliga a levantarse temprano para trillar. Ellos separan el grano por medio del fuego. Cuando el campesino intenta hacer lo mismo, el granero se quema.

¹⁸ Véase Pedrosa (2014).

Al tipo ATU 752A lo elegimos como representante ejemplar de un ciclo muy profuso –del que no podemos dar más informes aquí– de cuentos que ponen en escena los viajes de Cristo y San Pedro por el mundo, con sus relaciones con hospedadores que reciben premios o castigos conforme a las palabras –inteligentes o necias, verdaderas o mentirosas, virtuosas o pecadoras, humildes o arrogantes– que pronuncian.

Quien se anime a analizar los dispositivos que operan en todos esos prolijos repertorios de relatos no tendrá dificultad en constatar hasta qué punto la controversia –en ocasiones la violencia– verbal y la capacidad para la oratoria, la comprensión y la traducción resultan decisivas, dentro de sus tramas respectivas, para inclinar la razón y el triunfo hacia una o hacia otra de las partes.

Pero decir “por lo general” no es lo mismo que decir “siempre”, y eso abre más horizontes incógnitos e inquietantes a nuestra exploración. Porque resulta que hay otro enorme arsenal de relatos en que todo parece funcionar al revés de como hemos visto que funcionaban las cosas hasta ahora, y en que el representante de la clase subordinada sale fatalmente perdedor y humillado de la pugna verbal –y social, cultural, económico, político– que le enfrenta a los poderosos.

Muchos de esos relatos en que el pobre habla peor y pierde o fracasa se hallan englobados dentro de la serie acerca de “The Stupid Man” que tiene asignados los núms. 1675-1724 en el catálogo de Aarne-Thompson-Uther; pero su variabilidad y su proclividad a la contaminación son enormes, y no faltan algunos de sus tipos desperdigados dentro de otras series, lo que viene a complicar más aún las cosas.

Un repertorio narrativo especialmente bien representado en la tradición oral panhispánica –se manifiesta en docenas de tipos, y está recogido en todas las compilaciones– es el de los sermones ridículos o disparatados de curas y sacristanes. Tan complejas son su dispersión y su poética, que a ellos espero poder dedicar una monografía independiente en alguna ocasión próxima.

Un ejemplo paradigmático de relato con protagonista pobre que resulta humillado, en el plano lingüístico y en todos los demás, por oponentes de posición social y de destrezas lingüísticas normales o mejores nos lo proporciona el tipo cuentístico ATU 1696 (“What Should I Have Said (Done)?”, “¿Qué es lo que yo debería haber dicho (o hecho)?”):

Una madre le dice a su hijo estúpido (o un hombre le dice a su esposa) lo que debería haber dicho (o hecho) en una situación específica. El hijo sigue el consejo, pero lo aplica en la ocasión siguiente, cuando resulta ya inapropiado. Él recibe el castigo (se le vuelve a decir lo que debería haber dicho o hecho, y él vuelve a hacerlo, pero en circunstancias equivocadas). Por ejemplo, el tonto felicita a quienes están de duelo, se acerca con demasiadas libertades a una pareja de recién casados.

En esta hermosa versión en gallego de ATU 1696, registrada en el municipio de A Pontenova (Lugo), el sujeto subordinado se nos muestra como un hablante y un traductor dramáticamente incompetente, carente de destrezas y de autonomía lingüística frente a los demás. El desenlace es catastrófico para él:

¿E como hei decir logo, meu señor?

Era un matrimonio e non tiña nada e logo botaron en cinco pesos e dixo:

–Podíamos comprar unha vaquiña.

–Bueno.
 –Pois, éche a feira en tal sitio.
 Era a feira na Garganta. E díxolle ela:
 –Ahora que temos cinco pesos pois mira, é millor que vaias comprar unha vaca.
 E foi. Foi á feira e encontrou con un señor que tiña unha lebre. E díxolle:
 –¡Ai, qué vaquiña máis guapa! ¿Canto quer por esa vaquiña?
 –Cinco pesos.
 Deulle os cinco pesos, colleuna e dixo:
 –¿E como se chama?
 –*Unha ou ningunha*.
 Veu e tiña un prado, antes de chegar á casa tiña o prado e deixou a vaca en el prado e foi e díxolle á muller:
 –Ai, trouguen unha vaquiña, xa a deixei no prado.
 –Ai, pois vamos vela.
 Toda contenta pra ir ve-la vaca; a vaca non parecía. A lebre escapara e díxerlle ó señor:
 –¿E como se chama, como lle hei de chamar?
 –*Unha ou ningunha*.
 Marchou, chega ó prado, non parecía, marchou en busca da vaca.
 –¡*Unha ou ningunha!* ¡*Unha ou ningunha!*
 E encontra que un pouco acó enriba taba un pescador, acabado de chegar ó río, e dixo:
 –¡Ai, coño, acabo de chegar e vésmo decindo *unha ou ningunha!*
 E vai e rómpelle a caña nas costas.
 –¿E como lle hei decir logo, meu señor?
 –*Vintecinco na cambada*.
 Bueno, pois, *vintecinco na cambada*.
 –¡*Vintecinco na cambada!* ¡*Vintecinco na cambada!*
 E iban con un enterro e dixo el:
 –Ai, ho ¿e como lle hei de decir agora?
 –Vamos con el e ti dis *vintecinco na cambada*.
 Déronlle outra mallega de golpes.
 –¿E como lle hei dicir logo, meu señor?
 –*Pater noster por su alma*.
 Bota a andar:
 –¡*Pater noster por su alma!* ¡*Pater noster por su alma!*
 Encontra cunha voda. E din:
 –¡Ai, ho, vamos a casarnos e tu inda vés *pater noster por su alma!*
 –¿E como hei dicir logo, meu señor?
 –*Goce dela quen a leva*.
 Chegou e decía:
 –¡*Goce dela quen a leva!* ¡*Goce dela...!*
 Encontra con un que iba levar unha cocha ó castal, e dixo:
 –¡*Goce dela quen a leva!* ¡*Goce dela...!*
 Vaiche, revolve a vara que levaba para lle dar á cocha e meteulle unha tandada de golpes.
 –¿E como hei decir logo, meu señor?
 –*A gordas talladas a comas, a gordas talladas a comas*.
 E encontra con un que taba abaixando o pantalón. E dixo:
 –Ai, hei dicir... [*A gordas talladas a comas...*]
 Levantou o pantalón, mételle unha de golpes e veña:
 –¿E como hei decir logo, meu señor?

–*Que veña a auga e ca leve.*

Bueno, o outro:

–*¡Que veña a auga e que a leve!*

E encontra con un que taba sembrando unha leira de trigo e di:

–Ai, tu, tuven unha hora sembrando e vés ti pedindo que veña a auga e que a leve.

Mételle unha tandada de golpes.

–¿E como hei decir logo, meu señor?

–*Gorda e crecida.*

E bota:

–*¡Gorda e crecida! ¡Gorda e crecida!*

E encontra con un que tiña a sarna e xa tería moita; taba cheo de rascar. E dixo:

–Ai, ¿entonces como ha de ser?

Mételle unha tandada de golpes.

–¿E logo como hei decir, meu señor?

–*Seque ela.*

Bueno, bota:

–*¡Seque ela! ¡Seque ela!*

E encontra con un que taba poñendo unha parra, un castiñeiro, e díxolle:

–Ai, ho, inda non a puxen e vésme tu xa rogando *seque ela*.

Vai, agarra o castiñeiro e rompeullo no lombo; i eu vino e deixeiño. Así mira. E acabe usté co contó, eh.¹⁹

El mismísimo hidalgo manchego que se revelou, en el capítulo I, 22 (“De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir”) de su novela, ignorante de la jerga delincuente de los galeotes, y por tanto de registros y destrezas lingüísticas que otros poseían en su época, sería otro paradigma perfecto del traductor incompetente. En su descargo vale decir que en capítulos de la obra maestra de Cervantes como el llamado *Discurso de la edad de oro* (I, 11) que pronunció ante un público de cabreros, o en el llamado *Discurso de las armas y las letras* (I, 38) que pronunció ante un auditorio en el que había caballeros, su elocuencia se elevó hasta cotas de excelencia.

El hecho de que una de aquellas peripecias dejase la imagen de un don Quijote de registros lingüísticos cortísimos, y el que de las otras saliese un don Quijote coronado por los laureles del buen orador y por tanto del excelente traductor, y ante auditorios muy versátiles, prueba hasta qué punto es relevante, y al mismo tiempo compleja y en ocasiones paradójica, la clasificación del personaje literario (en realidad, de cualquier sujeto cultural y social) conforme al dominio que demuestra tener del *logos*:

Don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos; venían ansimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie: los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie, con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo:

–Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

–¿Cómo gente forzada? –preguntó don Quijote–. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

¹⁹ Grupo de Investigación Etnográfica (1998, 119-121).

–No digo eso –respondió Sancho–, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras de por fuerza.

–En resolución –replicó don Quijote–, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

–Así es –dijo Sancho.

–Pues, desamano –dijo su amo–, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

–Advierta vuestra merced –dijo Sancho– que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes y don Quijote con muy corteses razones pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa o causas porque llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

–Con todo eso –replicó don Quijote–, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijese lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

–Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas ni a leerlas: vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.

–¿Por eso no más? –replicó don Quijote–. Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

–No son los amores como los que vuestra merced piensa –dijo el galeote–, que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos^v de gurapas, y acabóse la obra.

–¿Qué son *gurapas*? –preguntó don Quijote.

–*Gurapas* son galeras –respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahíta. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico, mas respondió por él el primero y dijo:

–Este, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

–Pues ¿cómo? –replicó don Quijote–. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

–Sí, señor –respondió el galeote–, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

–Antes he yo oído decir –dijo don Quijote– que quien canta sus males espanta.

–Acá es al revés –dijo el galeote–, que quien canta una vez llora toda la vida.

–No lo entiendo –dijo don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

–Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir

nonas. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un *no* como un *sí* y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

–Y yo lo entiendo así –respondió don Quijote. (Cervantes 1998, 235-238)

Y ya que nos hemos acercado a este retrato de la puntual (in)capacidad lingüística de don Quijote, hagamos otro tanto con los estrafalarios personajes de los que se burló Quevedo, en torno a 1629, en *La culta latiniparla*, una especie de cruel y violenta enmienda a la totalidad de quienes, queriendo pasar por oradores sofisticados, eran incapaces de salir de un uso envarado y absurdo del lenguaje. No sabemos si a sus vanidosos latiniparlantes hubiese gustado aplicar Quevedo la medicina incendiaria con la que castigó el astuto Juan Galandín al obtuso Pirro Testa, en el cuento de Truchado. Pero lo que es verdad es que las dos burlas, la de Truchado y la de Quevedo, aparte de compartir la acidez y la insolencia, se mueven en tesituras y entre figuras estilísticas parecidas:

Si hubiere de mandar que la compren un capón, o que se le asen, o que se le envíen (que es lo más posible), no le nombre, por excusar la compasión de lo que se acuerda; llámele “desgallo” o “tiple de pluma”.

Para decir caldo sustancial, dirá [“licor vivificativo”].

A las rebanadas de pan llamará “planicies”. Y, porque la palabra “gota” es muy facinorosa y para los oyentes abunda de cosquillas, si se ofreciere decir: “denme una gota de agua” o “denme dos gotas de vino”, diga: “denme una podagra de agua” o “denme dos podagras de vino”.

Al nudo ciego llamará “nudo rezante”.

Al queso, “cecina de leche”.

Al escudero llamará “manípulo”.

Para no decir: “estoy con el mes” o “con la regla”, se acordará de que las fiestas de guardar se escriben con letra colorada, y dirá: “estoy de guardar”; y, si el interlocutor es graduado, dirá: “tengo calendas purpúreas”.

Cuando la preguntaren: “¿cómo va vuesa merced?”, por no responder con nota de jagua va! y la palabra fregona, “al servicio de vuesa merced”, dirá: “estoy a vuestra merced oficiosa y afecta”. Y si se quisiere encarnar más en el latín, diga “adjecta”.

La riña llamará “palestra”; al espanto, “estupor”; “supinidades”, las ignorancias. [Por no decir “cuesta”, dirá “dedibe”]. “Estoy dubia”, dirá; no “estoy dudosa”.

Al arrope llamará “crepúsculo de dulce” o “abrigue sabroso”, que “arrope” y “abrigue” todo es uno, y dígalo en invierno... (Quevedo y Villegas 1993, 451-454)

Nos queda ya solo –constreñidos por la falta de espacio– una cuestión por desarrollar. Declaramos, desde el título mismo de este artículo, que nuestro propósito iba a ser el indagar en el tópico literario del “debate del campesino y el clérigo”. Y eso es, en parte, lo que hemos ido haciendo. Pero es el momento ahora de introducir algún matiz. Entre otras cosas porque Juan Galandín era, sí, campesino e hijo de campesino, pero sin dejar de ser, al mismo tiempo, estudiante. “Estudió el Derecho Civil y Canónico”, aunque acabó decantándose por el primero, deducimos del hecho de que “vino a ser cónsul de Brescia”. No es de extrañar, tras su aciaga experiencia con el clérigo Pirro Testa, que no siguiese la senda de la profesión eclesiástica.

Esa duplicidad introduce solapamientos y ambigüedades en su clasificación como personaje literario. No hay ni puede haber, en la controversia del agricultor

Galandín con el clérigo Testa, por más que los desenlaces llegaran a ser más o menos equiparables –la victoria del agricultor, en ambos casos– una polarización dual y esquemática como la que quedó escenificada en el llamado *Certamen de Homero y Hesíodo*, un debate griego de hacia el siglo II d. C. (aunque puede que fuera refundición de textos que venían de los siglos IV-V a. C.) que otorgó el triunfo a Hesíodo, el apologeta de la agricultura y por tanto de la paz, y lo negó a Homero, el cantor de la guerra (Hesíodo 1978, 381-401).

La controversia entre Galandín y Testa no es entre dos –entre campesino y clérigo–, sino entre tres –entre campesino + estudiante y clérigo–, lo cual altera de manera significativa la ecuación. Y en ella no dejan de latir o de traslucirse tensiones añadidas: las de mundo rural / mundo urbano, cultura popular / cultura elitista, educación informal (oral) / educación formal (escrita), pobres / ricos.

El protagonista de cada versión que hemos ido conociendo del cuento ATU 1562A, y de los demás tipos de su abigarrada constelación, era, para seguir complicando las cosas, de ocupación cambiante: estudiante a veces, soldado otras, campesino, pastor, trabajador a sueldo, sacristán, mendigo, viajero a secas... Y el sujeto poderoso era casi siempre un clérigo, pero tampoco faltan, dentro de esa casilla, los terratenientes, los venteros y hasta los reyes. En muchos relatos se daba además la contraposición entre nómadas (pobres) y sedentarios (ricos). No hay, en fin, elencos cerrados, ni definiciones seguras, ni relaciones unívocas en toda esta compleja y abierta ecuación.

Por no haber, tampoco hay perfecta estabilidad en el muy típico y tópico debate de las armas y las letras, que no pocos autores y críticos han solido considerar dentro de un esquema estrechamente binario. Controversias de esa cuerda hay que se resisten a tal simplificación, y que se resuelven en *ménages-à-trois* de lo más ingenioso, reminiscentes quizás del clásico esquema trifuncional de *oratores*, *bellatores* y *laboratores* en que está cifrada, para muchos, la organización simbólica, mítica y social de muchos pueblos indoeuropeos.

Se aprecia, por ejemplo, en este cuento-debate atestiguado en el pueblo burgalés de Fuentelcésped (Burgos), en el que el soldado y el labrador resultan superados, en una prueba de capacidad sexual –no de dominio del *logos*, que habría que ver qué resultado hubiese arrojado– por el clérigo:

Esto era un capitán, un labrador y un cura que se apostaron media docena de pichones a ver quién decía el mejor brindis. Dijo el capitán:

–Para mi sombra mi bandera,
para mi gran placer
ver mis tropas vencer,
y alojada en buenos pabellones:
para mí son los pichones.

Dijo el labrador:

–Para sombra una noguera,
para mi gran placer
ver mis trigos crecer,
y deshechos los terrones:
para mí son los pichones.

Dijo el cura:

–Para sombra una bodega,
para mi gran placer
verme entre los muslos de una mujer,

y la polla metida hasta los cojones:
para mí son los pichones. (Martín Criado 1995, 166)

Hay una versión hermosísima de este cuento, grabada por José Luis Agúndez en 1991 en el pueblo de Arahál (Sevilla), en que la competición, que es a un tiempo lingüística y sexual, atañe a un cura, a un teniente del ejército y un simple corneta. Cambian, pues, los gremios y las categorías sociales implicados, y cambia también el vencedor del concurso, que resulta ser –gracias a sus superiores destrezas lógicas y capacidades para la traducción– el candidato que, en principio, partía de una situación más desventajosa: el corneta:

Firmeza, lustre y recataplao

Bueno, esto es una historia que me contó a mí mi abuelo, de militares. Está un batallón, que estaba en Sevilla. Y resulta que dice que van a salir los tres regimientos, tres batallones de excursión, cada uno por un lado: uno tiró para el Viso, otro tiró para acá, para Arahál, cada uno por un lado. Y llegó un teniente, un soldado, digo un teniente y un corneta a cargo del batallón, y entraron por El Viso. Y estaba una muchacha barriendo, una mocita. Y dice el teniente:

–¡Ojú, mi alma, ahora mismo, ahora mismo me echaba las bendiciones contigo: me casaba!

Y dice el cura:

–¡Uih, qué guapa es! –echó otro piropo, le dijo igual: que se casaba con ella.

El corneta iba más atrás. Decía el cornetilla:

–¡Oy, mi alma, ahora mismo me casaba contigo!

Bueno, y a estos tres, les dice que sí; a los tres les dice que sí, dice:

–¡A las ocho aquí!

Y se presenta a las ocho, y dice:

–Bueno, vamos a ver. Tenéis que acertar esta adivina; el que la acierte, se casa conmigo: “firmeza, lustre y recataplao”.

Salieron los tres, ya por la tarde...

–Mañana aquí.

Bueno, pues cuando fue de día ya, llegó el teniente del batallón a misa, y estaba, estaba el cura ¡que daba cada sotanazo!, pensando nada más que en eso. Y bueno, y dice, dice el corneta, dice: “¡Este *mos* tiene aquí todo el día, este *mos* tiene aquí todo el día!”. Dice:

–Padre cura, ¿qué le pasa a usted? Pues eso de la muchacha usted lo tiene de la mano. Fíjese usted: para firmeza, las columnas de la iglesia; para lustre, el barniz de los santos y para recataplao, las campanas.

Dice:

–¡Ay!, toma cinco duros y vete.

Bueno, pues se salen de allí ya. (Firmeza, lustre y recataplao, que le dice la, la respuesta).

Salen de allí, forma el teniente: vuelta para acá, las vueltas para allá, y nada. Dice el corneta: “¡Aquí estamos todo el día! Este tío no rompe filas, porque está pensando en ella –dice–. ¡Pues ya verás!”. Dice:

–Mi teniente, ¿qué le pasa a usted?

–¡Eso de la muchacha!

Usted tiene eso de la mano, mi teniente.

Dice:

–¿¡Qué me dices!?

Dice:

–Fíjese usted: para firmeza, tropa; para lustre, su espada y para recataplao, los tambores.

Dice:

–¡Ay!, toma cinco duros y vete.

¡Más contento que un rucho! Total, que llegó ya la hora de presentarse, y se presentaron los tres. El corneta, el pobre, ¡más encogido que un corneta!, llega a la casa de la muchacha, dice:

–Vamos a ver, usted, teniente –con la espada arrastrando–, usted, teniente, ¿qué?

Dice:

–Yo, para firmeza, mi tropa; para lustre, mi espada y para recataplao, los tambores.

Dice:

–¡Bah, eso no es!

¡Bueno!, se quedó morado, dice:

–Usted, padre.

Dice:

–Yo, para firmeza, las columnas de la iglesia; para lustre, el barniz de los santos y para recataplao, las campanas.

Dice:

–¡Bah, eso no es! Bueno, ahora queda el corneta.

Y dice al corneta, dice:

–Tú, corneta, ¿qué?

Dice:

–Yo –se quedó mirando arriba y abajo, dice–, yo, para firmeza, tus piernas; para lustre, tu cara y para recataplao tus teta y tu chochete.

Y:

–¡Vámonos al sobrao!²⁰

Se agota el espacio y no nos es posible seguir manteniéndonos atentos –aunque creemos que podríamos obtener muchos réditos si lo hiciésemos– a la controversia entre Galandín y Testa, que fue una pugna entre agricultor + estudiante y clérigo, ni insistir en disquisiciones acerca de la organización binaria o ternaria de nuestros relatos y de las estructuras sociales –y por tanto también culturales y políticas– a la que remiten, ni en las bibliografías colosales que ya hay acerca de debates de armas y letras, y de pícaros y clérigos. Puede que lo más prudente sea concluir que el enfrentamiento de Galandín y Testa responde más bien a la pugna más vieja y general que existe, que es la de los pobres y los ricos.

No nos extrañaría que tuviéramos que volver alguna vez al cuento de Truchado y al triunfo de Galandín sobre Testa, porque es posible que no hayamos logrado poner lo suficientemente de relieve la originalidad y la valentía del diagnóstico social y de las soluciones que proponen, con sus densas implicaciones simbólicas, ideológicas, políticas. En una época en que la picaresca o el mismísimo *Don Quijote* cervantino dictaminaban que no era posible que el sujeto nacido abajo o en los márgenes pudiese ascender y encontrar encaje estable en las alturas –en cuanto el pícaro subía, era violentamente devuelto para abajo; igual que don Quijote acabó siendo despachado sin miramientos a la misma aldea de la que había salido–, Galandín supo abrirse una tercera vía que resultó efectiva: gracias a su aplicación en el estudio, el joven cuyo destino

²⁰ Agúndez García (1999, II, núm. 182). Sobre este tipo cuentístico, véase el artículo magistral de Fontes (1989). Y sobre el tema de competiciones lingüísticas y sexuales entre representantes de tres categorías sociales diferentes, Pedrosa (2002, 71-97).

parecía que iba a ser el de quedarse destripando terrones en los campos de su pueblo acabó instalado con todos los honores en el consulado de Brescia: es decir, en el corazón y en la cúspide de la ciudad-estado y de sus órganos de gobierno. Galandín dejó de ser pobre para ser rico, dejó de vivir en el pueblo para vivir en la ciudad, dejó de recibir órdenes para darlas, y dejó de vivir en un entorno de cultura oral y popular para ser pieza activa en el mecanismo de la cultura de la ley (o sea, de la letra) y de las élites.

“Estudió el Derecho Civil y Canónico”, se cuidó de matizar Truchado. ¿A quién le puede extrañar tal duplicidad? Al hijo del campesino le correspondía estudiar por partida doble, si aspiraba a llegar a alguna parte; y estaba obligado, además de eso, a seleccionar muy bien sus objetivos, si quería embarcarse en una empresa que le resultara rentable: su atenta lectura de los códigos y tratados de leyes le dio más beneficios, desde luego, que a don Quijote su desenfocada lectura de los libros de caballerías.

Se halla aquí, quizás, la respuesta a la pregunta que nos hacíamos al principio. ¿Es Galandín un héroe buen traductor, un héroe *lógico*, de aquellos que saben administrar de manera excelente el *logos*? ¿O es, más bien, un *trickster*, un tramposo, un burlador, lo que no quita que fuera un excelente orador/traductor también, ya que ese es uno de los atributos típicos del *trickster*? Su ascenso definitivo y sin retorno a las alturas creemos que le acerca, más bien, a la primera categoría; incluso a la categoría del héroe del cuento maravilloso, que sale casi siempre del terruño para acabar en el palacio.

Galandín es, por añadidura, un héroe singular para quienes nos dedicamos al estudio de la cultura popular y de sus conexiones y conflictos con la cultura de las élites. Nacido en el seno de la una, no cejó hasta convertirse en un miembro cualificado de la otra. El itinerario del agricultor que lee y estudia hasta convertirse en abogado y en cónsul dibuja, en el marco de esa dicotomía, que tanto nos interesa, de lo popular y lo elitista, transiciones, puentes, matices, más que oposiciones irreconciliables.

El que nuestro héroe Galandín fuera capaz de labrarse una senda y un currículum diferentes de los del pícaro o de los de don Quijote le singulariza como personaje digno de ser tenido en cuenta en el elenco abigarrado de protagonistas de nuestra literatura del Siglo de Oro; y como emblema, además, de una cultura que no tenía por qué ser rígidamente popular ni estrictamente elitista, cuando se puede ser una combinación o una intersección de las dos.

Obras citadas

- Agúndez García, José Luis. *Cuentos populares sevillanos (en la tradición oral y en la literatura)*. Sevilla: Fundación Machado, 1999. 2 vols.
- Argandoña, Pedro. “Leyendas y cuentos de Lezaun (Navarra).” *Cuadernos de Sección. Antropología-Etnografía* 11 (1994): 71-118.
- Atiénzar García, María del Carmen. *Cuentos populares de Chinchilla*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2017.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Francisco Rico ed. Barcelona: Crítica, 1998.

- Espinosa, Aurelio M. *Cuentos populares recogidos de la tradición de España*. Luis Díaz Viana y Susana Asensio Llamas intr. y rev. Madrid: CSIC, 2009.
- Federici, Marco. “La huella de Boccaccio en el Renacimiento español y la recepción de *Le piacevoli notti* de Straparola.” *Dicenda* 32 (2014): 95-111.
- Fernández, Javier. *Fábulas, mitos, cuentería, cuentos del velorio cubano. Sabiduría popular cubana*. Madrid: Aguilar, 1997.
- Fontes, Manuel da Costa. “*Puputiriru*: uma rara anedota popular portuguesa de origem medieval.” *Revista Lusitana* 10 (1989): 25-40.
- García Mateos, Ramón. “Romances y cuentos de la emigración (II).” *Revista de Folklore* 126 (1991): 183-189.
- Grupo de Investigación Etnográfica “Chaira”. *Polavila na Pontenova. Lendas contos e romances*. Lugo: Deputación de Lugo, 1998.
- Hesíodo. *Sobre el origen de Homero y Hesíodo y el Certamen de estos*. En Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez eds. *Obras y fragmentos*. Madrid: Gredos, 1978.
- Jackson, Kenneth y Edward Wilson. “The Barn Is Burning.” *Folklore* 47 (1936): 190-203.
- Laval, Ramón A. *Del Latín en el folklore chileno*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1927².
- Lencero, Rosa M.^a “Los chirlos-mirlos de Crucidemo.” *Cuentos extremeños de hoy*. Badajoz: Universitas/Diputación, 1994. 75-84.
- Martín Criado, Arturo. “La mejor respuesta, el mejor discurso, el mejor sueño.” *Revista de Folklore* 173 (1995): 166-168.
- Martínez del Río de Icaza, Amalia. “Leyendas de Tetelcingo.” *Tlalocan* 4 (1962): 80-85.
- Mihara, Yukihisa. *Narrativas tradicionales del Dpto. de La Paz, Bolivia*. Hirakata, Osaka, Japón: Seminario de Y. Mihara de la Universidad de Kansai Gaidai, 2004.
- Miranda Lopes, José Manuel. “Da minha terra: subsídio para a etnografía de Tráz-os-Montes.” *Revista Lusitana* 31 (1933): 138-163.
- Noia Campos, Camiño. *Contos galegos de tradición oral*. Vigo: NigraTrea, 2002.
- . *Catálogo tipolóxico do conto galego de tradición oral*. Vigo: Universidad de Vigo, 2010.
- Pedrosa, José Manuel. “El son mexicano de *El pampirulo* y el tópico literario de *Los tres estamentos*.” En Mariana Masera ed. *La otra Nueva España: la palabra marginada en la Colonia*, Barcelona: Azul, 2002. 71-97.
- Pedrosa, José Manuel. “Harry Potter: la construcción y la deconstrucción de un héroe”, *Educación y Biblioteca* 20.164 (marzo-abril 2008): 62-64.
- . “El romance de *El estudiante tunante* (ca. 1750): lengua, poder y picaresca estudiantil (con algunos perros latiniparlantes cervantinos).” *Cien años de Julio Caro Baroja* [Anejos de la *Revista de Historiografía* 1]. Madrid: Universidad Carlos III, 2014. 163-203.
- Pino Saavedra, Yolando. *Cuentos folklóricos de Chile*. Santiago de Chile: Instituto de Investigaciones Folklóricas “Ramón A. Laval”, 1960-1963. 3 vols.
- Piñero Ramírez, Pedro M. y José Manuel Pedrosa. *El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla: historia, memoria y mito*. Ciudad de México: Frente de Afirmación Hispanista, 2017.

- Quevedo y Villegas, Francisco de. *La culta latiniparla*. Celsa Carmen García Valdés ed. Madrid: Cátedra, 1993.
- Rodríguez Baltodano, Lic. Fabián Antonio. *Rescate de tradición oral en cuentos y leyendas en el Municipio Jicaral, Departamento León* [Memoria de investigación. José Manuel Pedrosa dir.]. León, Nicaragua: Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua/León, 2010.
- Rotunda, Dominic P. *Motif-Index of the Italian Novella in Prose*. Bloomington: Indiana University, 1942.
- Straparola, Giovan Francesco. *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*. Francisco Truchado trad.; Leonardo Coppola ed. Madrid: Sial, 2016.
- Temporal Oleart, Josep. “Relats protagonitzats pel Rector de Vallfogona en el Manuscrit de Sabater Carbonell.” *Estudis de Literatura Oral Popular* 2 (2013): 195-212.
- Truchado, Francisco. *Honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes*. Marco Federici ed. Roma: Nuova Cultura, 2014.
- Uther, Hans-Jörg. *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004.
- Victori Ramos, María del Carmen. *Cuba: expresión literaria oral y actualidad*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 1998.